

## MUGERES DE LA REVOLUCION FRANCESA.



ORTEGA.

MARIA ANTONIETA ES CONDUCTA AL SUPLICIO.

### LA REINA DE FRANCIA

### MARIA ANTONIETA.

(Conclusion.)

El 21 de setiembre estando las dos mugeres ocupadas de este modo de su vecindad, llegó un municipal al pie de la torre y empezó á gritar: *la abolicion de la dignidad real y el establecimiento de la república*. Estrecháronse ambas como dos palomas heridas por una bala, y ocultaron la noticia al rey hasta el día siguiente... Luis XVI conservaba aun la espada, ese centro del noble francés, y las insignias de sus órdenes de caballería, pero le despojaron de todo aquella noche, y su muger no las diviso mas en su sueño.

Habiéndose empleado casi todos los fondos votados por la Convencion para gastos de cárcel, en construcciones y medidas de seguridad, apenas quedaba con que atender al sustento y vestidos de los cautivos. No se

25 de abril de 1848.

acordaron ó fingieron no acordarse de que habiendo salido de su saqueado palacio el 10 de agosto, no tenían otros trages que los que llevaban puestos. El rey no contaba una sola moneda en el bolsillo, la reina carecia de ropa para mudarse y mudar á sus hijos. Habian caido sin transicion desde el colmo de las grandezas humanas al mas profundo abismo de la miseria. Y sus carceleros no contentos con tratarles, no ya como soberanos, ni aun siquiera lo hacian como a hombre y muger. Acercábase el invierno y sin embargo despues de usar las telas que les habia prestado la embajada inglesa, Maria Antonieta y su cuñada pasaban los dias como humildes costureras acomodando y remendando sus trages de verano ó los vestidos del rey.

Asi, pues, aquella belleza de la reina tan brillante y tan pura, iba alterándose sensiblemente de dia en dia, no teniendo ni aun para engalanarse los sencillos adornos de la muger del pueblo.

Dos meses aproximadamente llevaba Maria Antonieta y el rey en su horrible prision del Temple, sabiendo resignarse y sufrir juntos, cuando hacia fines de setiembre les privaron de este último consuelo. Una noche despues de cenar, entraron en la habitacion de Luis XVI con grande estrépito seis municipales y leyeron á los prisioneros un decreto del Ayuntamiento que

TOMO VI. 10



ordenaba su separacion inmediata y la traslacion del rey á la torre principal.

Al escuchar esta noticia, se lanzó la reina al cuello de su marido; Mad. Isabel hizo otro tanto en union de los niños, y todos cubriéndole de lágrimas y besos, declararon que antes les matarian que separarles de él. Advirtiéndole empero María Antonieta la inflexibilidad de los municipales, se arrojó á sus pies, enterneció á Simon y Rocher, mas sin conseguir de los oficiales civiles otra cosa, que el pronto cumplimiento de la orden de que eran portadores.

Registraron en seguida á los prisioneros con un rigor insolente: quitáronles cuanto podia facilitarles una correspondencia, sin perdonar las plumas y el papel que servian para la instruccion del Delfin; y separando bruscamente á los personajes de aquel sensible cuadro, dejaron á las mugeres y los niños medio muertos en el cuarto y condujeron á Luis XVI entre bayonetas á la habitacion de la torre principal, en la cual como no estaba arreglada, pues aun trabajaban en ella, solo halló el rey una cama y una silla en medio de las herramientas y cascotes amontonados.

Al dia siguiente por la mañana el ayuda de cámara del rey, Clery, que peinaba á la reina y á los niños, pidió que le concediesen pasar á ofrecerles sus servicios. «De hoy en adelante, le contestaron, no podreis comunicaros con ellos, y vuestro mismo amo no volverá á ver mas á sus hijos.» Luis XVI se aventuró á hacer algunas observaciones, pero le volvieron la espalda, dejándole únicamente para desayunarse un pedazo de pan, el cual dividió con su fiel servidor, y que ambos regaron con sus mudas lágrimas.

Sin embargo, pocas horas despues suplicó el rey á un municipal que le diese noticias de su familia; y este hombre menos bárbaro que los demas, se dirigió á la habitacion de María Antonieta. Despues de una noche de sollozos y lamentos, el rostro de la reina estaba cubierto de una palidez espantosa; sus ojos encendidos y secos miraban sin ver; no habia tomado alimento alguno, y juraba dejarse morir de hambre si no la devolvian su esposo. Los carceleros al verla, temblaban efectivamente de que se libertase con la muerte....

—Pues bien, dijo uno de ellos, á quien la reina imploraba de rodillas, aun comerán hoy juntos y mañana decidirá el Ayuntamiento!

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, los gritos de dolor se cambiaron en gritos de alegría, mugeres y niños juntaban sus manos y daban gracias á los verdugos como si les hubiesen devuelto la vida. Los municipales volvieron la cabeza para ocultar su emocion y el mismo Simon se restregaba los ojos diciendo con brusco despecho:

—Estos diablos de mugeres me harán al fin llorar, ¡Dios me perdone!

Los prisioneros comieron juntos no solo este dia sino los sucesivos. El Ayuntamiento les concedió aquella gracia, por temor de que la reina se suicidase. Este fué el último triunfo que alcanzaron sus virtudes y su belleza; aunque á decir verdad, los carceleros hicieron cuanto estuvo de su parte para convertir en tormento aquella gracia. Asistian municipales á todas las entrevistas, vigilando escrupulosamente los menores gestos y las mas insignificantes acciones, y no permitiendo á los convidados hablar bajo, ni en idioma extranjero.

No obstante, esta division de encierro y las idas y venidas de Clery, facilitaron á María Antonieta algunas relaciones exteriores. Con un lapiz que habia logrado ocultar á la vista de los comisarios, escribia en las hojas en blanco y en las márgenes de su devocionario, y el fiel servidor entregaba el domingo estos billetes á su muger, quien los llevaba á los amigos que andaban dispersos por la ciudad. Encerrábanse en una sola palabra

frases de doble sentido, las cuales solo podian ser traducidas por ojos acostumbrados á leer en el alma de donde habian salido. Iniciábanse ademas por Clery en los acontecimientos políticos. «Entreabrid la ventana, decia en voz baja la reina;» y ésta se enteraba, merced á los alborotadores pagados por sus partidarios, de los sangrientos debates de sus enemigos, de los procesos y muertes de los antiguos ministros, y del movimiento de los ejércitos franceses y extranjeros.

Terminados que fueron los reparos de la torre principal, María Antonieta, fué á instalarse en el tercer piso encima de donde se hallaba el rey. La nueva habitacion era una obra maestra de barbarie. El papel de las paredes representaba una prision con sus cadenas, trampas, verdugos é instrumentos de suplicio. La luz entraba únicamente en los dias de mayor dolor, y los cautivos ocupaban menos espacio que sus martirizadores. La reina no tenia mas que una habitacion para ella y su hija; Mad. Isabel dormia en una oscura alcoba al lado del carcelero Tison y su muger; los municipales se habian reservado para si la pieza del centro, de modo que las princesas no podian visitarse sin pasar por entre ellos. Un cuerpo de guardia completo de centinelas, separaba la habitacion del rey de la de su familia; y la plataforma dispuesta para sus paseos, estaba rodeada de unas planchas tan altas que solo permitian ver un trozo de cielo.

Instalada apenas en su nuevo reducto, la reina se vió arrebatar á su hijo por un decreto del Ayuntamiento. La república no queria que la Austriaca inspirase por mas tiempo al jóven Capeto el odio á la revolucion, y mandó trasladarle á la habitacion de Luis XVI. Su madre, su tia y su hermana solo le veian ya en la comida y en el paseo, siempre bajo la vigilancia de los comisarios.

Mientras que el rey se dedicaba enteramente á los cuidados de padre de familia, la reina y su cuñada oraban, leian y trabajaban; lo primero sobre todo, porque el estar de rodillas era casi su posicion normal. A las nueve iban á almorzar al cuarto de Luis XVI, quien les besaba en la frente; despues del almuerzo les peinaba Clery, deslizándoles al oido algunas palabras de las noticias exteriores. Admiraban despues los rápidos progresos de la instruccion del Delfin.

Aquel niño que crecia insensiblemente alimentado por el dolor, era el porvenir consolador de todos aquellos desgraciados; enternecia á los mismos municipales con sus encantadoras delicadezas. Si se hallaba de guardia uno de estos menos cruel que sus compañeros, corria á dar á su madre tan fausta noticia... Cierto dia reconoció á uno de los comisarios del Ayuntamiento, el cual le preguntó dónde le habia visto; pero el Delfin miraba á la reina y rehusó obstinadamente responder. Preguntado al fin en secreto por su tia, la contestó en voz baja:

—En el viage de Varennes; pero no he querido recordarlo, por temor de hacer llorar á mi madre....

A media tarde bajaba toda la familia al jardin á tomar el aire, á pesar del tiempo y las injurias de los asistentes. A las dos se reunian de nuevo para comer; la reina comia poco y despacio para dar lugar á que el rey satisficiera su grande apetito, del cual, observaba la reina, se mofaban los guardias. En seguida jugaba con él á los naipes ó al ajedrez.... Entonces empezaban de nuevo las risotadas, haciendo alusiones siniestras al movimiento de las piezas que llevan el nombre de *rey* y *reina*. A eso de las cuatro de la tarde, Luis XVI se quedaba dormido en su sillón; los niños suspendian sus juegos, y las mugeres tomaban silenciosamente la aguja, temiendo privar al rey cautivo de las ilusiones de un sueño dulce. A las seis continuaban las lecciones del Delfin, y en seguida le entretenia su padre hasta la hora de cenar, la cual proporcionaba al fin la última reunion.



Maria Antonieta desnudaba á su hijo y le acostaba después de haberle hecho recitar esta oracion compuesta por ella misma (su hija la conservó, revelandola despues a los remordimientos de la Francia):

«Dios Todopoderoso, decia el ángel de la desgracia en voz sumamente baja para no ser oída por los comisarios, Dios Todopoderoso que me habeis creado y redimido, os adoro y os amo! ¡Conservad los dias de mi padre y de mi familia! ¡Protegednos contra nuestros enemigos! ¡Dad á mi madre, á mi tia y á mi hermana las fuerzas de que tanto necesitan para soportar sus trabajos!»

Después de la cena, la reina leía en alta voz algun libro de historia.... Sus lágrimas interrumpian con frecuencia la narracion de las desgracias y catástrofes reales, y se dilataba su pecho con una vaga esperanza, cuando el arrepentimiento de los pueblos restablecia las monarquias. El rey al fin la conducía á su cuarto, la estrechaba tiernamente las manos y se despedía de ella. Las tres mugeres se desnudaban unas á otras, hablando de las virtudes de Luis XVI, que iban purificándose en el cautiverio, á medida que su lento martirio le aproximaba á la mansion celeste. La reina, sobre todo, dice Mr. de Lamartine, se admiraba de los tesoros de dulzura y valor que descubria en el fondo de su alma. Deploraba que tantas virtudes hubiesen brillado tan tarde, y únicamente en la oscuridad de una prision; echábase en cara amargamente, confesándolo á su hermana, el haber dejado distraerse demasiado á su alma en los dias de la prosperidad, y no haber conocido bastante el precio del amor del rey. Dos penas escepcionales, añadidas á las diarias, inauguraron para Maria Antonieta el invierno de 1793.

Cierto día durante el paseo, un joven que estaba de faccion al estremo de una calle de castaños, indicó su piedad con lágrimas y su adhesion con un gesto, á Cery que se hallaba junto á los escombros del patio. Aquel joven tenia oculto un billete para la reina y su cuñada. El billete pasó desapercibido á la vigilancia de los carceleros, pero no así el gesto del centinela, el cual, preso en el acto, con los ojos aun húmedos fué encerrado en un calabozo y espío su commiseracion en el cadalso.

La segunda pena fué la enfermedad que padeció toda la familia real, á consecuencia de la humedad de los nuevos alojamientos. La reina se restableció la primera para cuidar á su marido, que curado despues cuidó á su vez á su ayuda de cámara.

Cierta mañana que la reina se ocupaba en barrer la habitacion de su hijo, el cual no se habia levantado, se acordó el rey de que aquel día era el aniversario de una de las fiestas de la monarquia; de uno de los de dicha en otro tiempo.... La muchedumbre que lo recordaba tambien, se dirigia en aquel momento á bailar al pie de las ventanas cantando el *ca ira*.... «¡Ah! señora, exclamó el principe alzando las manos al cielo, qué ocupacion y qué destino para una reina de Francia! ¡Quién me hubiera dicho que al uniros á mi os habia de traer á este estado!»—«Creéis que es nada, contestó Maria Antonieta sin dejar la escoba, la gloria de ser la muger del mejor y mas perseguido de los hombres? ¿No tienen por ventura mas magestad estas desgracias que todas las grandezas del trono?»

Lo que decia era muy cierto, y la posteridad repite hoy sus palabras.

A medida que veian á la magnánima Austriaca conformarse con su estado, estudiaban el modo de redoblar sus rigores. La inquisicion iba en aumento, no respetando ni aun el pudor femenino: hacian pedazos el pan, abrian las frutas de su mesa y hasta los huesos de los albaricoques, á fin de buscar alguna correspondencia secreta. Determinaban la longitud de las agujas con que repasaba su ropa.... Seguianla á los sitios en donde cambiaba de vestido con su hermana.... Vióse al cabo pre-

cisada á vestirse en la cama y á usar siempre de un mismo traje.... Penetraban en el patio gran numero de descamisados que pedian á gritos la cabeza de Mad. Veto. Rocher le cantaba en alta voz la *carmagnole*; y enseñaba á su hijo coplas obscenas contra ella y contra Luis XVI.... Cuando aquel miserable se sentia enternecido, se embriagaba para recobrar su ferocidad.... Un trabajador escitado por él alzó cierto dia su hacha sobre el cuello de la prisionera, y la hubiera herido indudablemente, si una persona no hubiera parado el golpe. Otro día la madre perdió la paciencia y la reina apareció terrible: un municipal sacó brutalmente al Delfin de su lecho, segun decia, para asegurarse de que estaba allí.... Maria Antonieta se precipitó entre el hombre y el niño, y confundió al primero con una mirada tal, que le dejó petrificado.

Fueron los diputados de la Convencion á examinar el Temple, y entre ellos se encontraba Drouet, el maestro de postas que entregó á los fugitivos de Varennes. Siempre el mismo, contempló estóicamente á sus victimas, sentándose sin quitarse el sombrero delante de la reina que se hallaba de pie y del rey descubierto. Maria Antonieta no se dignó responder á sus preguntas; Luis XVI se limitó á decirle que él no tenia ninguna queja: «Tened la bondad tan solo, añadió, de proporcionar á mi muger é hijos la ropa y trages de que vos mismo veis que carecen.» Los vestidos de las princesas y los del Delfin estaban efectivamente hechos pedazos; el rey nada pedia para sí. Los prisioneros remendaban sus vestidos durante las horas de dormir.... Aquella visita de los convencionistas solo produjo nuevos malos tratamientos.

A tal estado habian llegado las cosas, cuando un proyecto heroico, una embriagadora esperanza fué á disipar la monotonía del suplicio. Entre los comisarios del Ayuntamiento en el Temple, la reina fijó su atencion en un joven de pequeña estatura, de facciones meridionales, delicado, pero enérgico, y cuyas miradas eran mas elocuentes que la palabra. Todas las semanas, ó por mejor decir, todos los dias, conducía á aquel hombre al lado de los cautivos alguna mision extraordinaria. Pasaba horas enteras con los ojos fijos en Maria Antonieta, ocultando una adoracion muda bajo la apariencia de la observacion, no tardando la reina en comprender el lenguaje de aquellos signos, que querian decir: «Teneis un amigo entre vuestros perseguidores.... Velo sobre vos y os salvaré junto con vuestra familia.» La reina le dió á conocer que le estaba agradecida y que tenia esperanza. Una tarde al fin la esplicacion fué completa: Maria Antonieta vió arrojarle á sus pies, en su calabozo, al joven comisario y su compañero de servicio.... El cielo le enviaba dos salvadores en vez de uno.... En pocas palabras, pero que valian por muchas, le revelaron sus nombres y su generoso proyecto.

Llamabase el primero Toulan y el segundo Lepitre; nacido en Tolosa, en las filas del pueblo, Toulan llegó á Paris con instintos literarios, y de allí á poco se hizo mercader de libros para alimentarse con la lectura de las obras maestras. Su imaginacion ardiente le lanzó en la revolucion, y su elocuencia le popularizó en su barrio.... Presentóse de los primeros, el día 10 de agosto, en el asalto de las Tullerías, y sus proezas republicanas le habian valido una plaza en el Ayuntamiento. Enviado al Temple como fogoso enemigo del despotismo, reconoció al momento que ninguno era menos despota que Luis XVI, y que la calumnia le habia cegado con respecto á toda la familia real. «La vista de Maria Antonieta principalmente, aquella magestad realizada por la degradacion, aquella fisonomia en que la languidez de una cautiva moderaba la arrogancia de una reina; aquella tristeza lanzada de repente como un velo sobre facciones en que aun brillaban tantos atractivos, aquel úl-



timo destello de la juventud que iba á amortiguarse en la humedad de los calabozos, aquella encantadora cabeza que tan de cerca estaba amagada por el hacha del verdugo; todo esto habia conmovido profundamente la sensibilidad de Toulan. Era esta una de esas almas que las emociones arrojan de un solo golpe al extremo opuesto de sus ideas, y que no discuten contra un pensamiento. Antes de haber reflexionado se habia adherido sinceramente á su causa; todo lo que era bello le parecia realizable; la compasion por otra parte tiene tambien su fanatismo, y así resolvió arrancar de su prision, del poder de sus perseguidores, y del patibulo, á la reina y su real familia; por medio de un ardid heroico, devolverla su libertad, su ventura y acaso tambien el trono. Desde entonces se propuso solicitar con falsas demostraciones contra el rey, misiones mas frecuentes en la torre del Temple, las cuales en efecto le fueron concedidas (1).» En suma, ganó en su sublime empresa á su colega Lepitre, humilde republicano, convertido á la sazón como él...; y ambos se encontraron dispuestos á derramar su sangre para conseguir la fuga de los prisioneros.

Queda á la consideracion del lector, la emocion, la alegria, el terror y el reconocimiento de Maria Antonieta con semejante revelacion. ¿Qué personas adictas á su trono se acercaron jamás á estos dos cortesanos de su infortunio? Por eso la reina daba á Toulan una prenda que nunca concedió á nadie; esto es, un rizo de sus hermosos cabellos rubios, trenzados con hilos de plata, con este lema digno del jóven héroe: «El que teme la muerte no sabe amar lo bastante.»—Andad, le dijo, marchad con esta credencial, y presentadla á los amigos que me restan, si armonizan con vuestro valor.» Toulan se levantó poseído de una fuerza sobrehumana; estrechó convulsivamente la temblorosa mano de la cautiva y se encaminó á Paris en busca de los secretos amigos de la reina.

Pero, ¡ay! el terror era ya tan grande y la inquisicion tan infalible, que Toulan y sus cómplices no consiguieron otra cosa que morir por Maria Antonieta.... Sin embargo, por espacio de un mes sufrieron resignados los horrores de su martirio. El día de la ejecucion de Luis XVI, fueron los únicos que en compañía de sus amigos, se determinaron á esclamar en medio del estupor general: «Salvemos al rey» y á lanzarse contra los veinte mil hombres que le conducian al suplicio. Estaban en la creencia de que sublevarian los animos y armarian los brazos de la multitud, pero gracias que pudieron escapar confundidos en sus filas por una especie de milagro. Continuaron manteniéndose adictos á la viuda y madre; consiguieron que otros cólegas se unieran á su causa, y enviándoles consuelos de mil modos, valiéndose de los cañones de las estufas, de esquelas escritas con tinta simpática, de pedazos de periódicos, proclamas, etc. hasta que al fin los descubrió la muger de Tison y los denunció despues de la caída de los girondinos, precediendo en consecuencia aquellas primeras victimas ofrecidas al régimen del terror, á la que poco despues debía subir al cadalso.

El día 11 de diciembre de 1792, interrumpió el profundo silencio del Temple, el estrepitoso ruido de hombres, caballos y fusiles.... La Convencion iba en busca de Luis XVI para juzgarle. Aisláronle con este objeto de toda su familia, incluso su hijo; y ¿quién podria decir las angustias que sufrió la esposa, mientras duró la causa del esposo? Toulan, Clery y Tiery le comunicaron las vicisitudes por qué iba pasando, en cartas metidas en ovillos de hilo, ó deslizadas de un piso á otro por medio de una gaita, con lo cual supo Maria Antonieta la defensa de Deseze, la sentencia de muerte y la orden en

que se mandaba fuese ésta ejecutada dentro de 24 horas.

Solo le quedaba ya, pues, una duda, una esperanza; la de si el rey podria abrazarla y bendecirla antes de marchar al suplicio. Arrodillada con su cuñada y sus hijos, regando con sus lágrimas el frio pavimento del calabozo, y con la vista fija en la puerta ó en la ventana, todo el día estuvo esperando la decision de la suerte, y cuando le anunciaron que veria á su marido, conoció que aun en laagonia se disfruta, contándose desde entonces los latidos de su corazon, por los segundos que pasaban hasta la mañana siguiente.

El 20 de enero á las siete, tranquilo Luis XVI como un filósofo, y sublime como un cristiano, preparó un vaso de agua y sillas para recibir á su familia, consiguiendo que sus carceleros le vigilasen sin oírle á través de una puerta de cristales.

La reina bajó sosteniendo á sus hijos, y apoyada en Mad. Isabel, el rey les abrió los brazos y á todos los estrechó á un tiempo contra su corazon. En seguida hizo sentar á su esposa á la derecha, y á su hermana á la izquierda; su hija á sus pies, y el Delfín sobre sus rodillas; y agrupados, confundidos de este modo en un mismo abrazo, solo formaban un cuerpo, solo ofrecian un alma.... El prudente, el cristiano, el rey, desaparecieron para dar lugar al padre, al hermano, al esposo.

Escuchemos á Mr. de Lamartine: «Aquellas cinco personas agrupadas de semejante modo, por un instinto de ternura, y que se estrechaban convulsivamente unas en brazos de otras, escondiendo sus rostros en el pecho del rey, solo formaban á la vista un grupo de cabezas, brazos y miembros palpitantes, que se estremecian con el dolor y las caricias, y de donde salia en palabras mal articuladas, en murmullos sordos ó en sollozos que desgarraban el corazon, la desesperacion de cinco almas confundidas en una sola, para sofocar sus lamentos, prorumpir en quejidos y morir de una misma pena. Durante mas de media hora, no pudieron sus lábios pronunciar una palabra, siendo aquel un duelo en que las voces del padre, la esposa y los hijos, se perdian en un gemido comun: se llamaban, se respondian, se provocaban unas á otras con sollozos que renovaban los sollozos, y se convertian por intervalos en gritos tan agudos y lastimeros que traspasaban las puertas, las ventanas, hasta las paredes de la torre, y se oian en los barrios inmediatos. Al fin se agotaron las fuerzas, y con ellas los sintomas del dolor; secáronse en los párpados las lágrimas; las cabezas se aproximaron á las del rey como si quisieran suspender todas las almas de sus lábios, y por espacio de dos horas estuvieron hablando en voz baja, interrumpiendo de vez en cuando su conversacion con besos y abrazos. Nadie oyó de fuera lo que el moribundo dijo en confianza á los que iban á sobrevivirle; el sepulcro ó los calabozos ahogaron en pocos meses el secreto con los corazones en que se encerraba; y únicamente la princesa real fué la que grabó en su memoria para revelarlo mas tarde, lo que la confianza, la politica y la muerte pueden inspirar á la ternura de un padre, á la conciencia de un moribundo, y á las secretas intenciones de un rey. En las dos horas que duró aquella fúnebre conferencia, se contaron mutuamente lo que habian pensado desde que la desgracia los separó, y encargáronse repetidas veces que hiciesen á Dios el sacrificio de su venganza, si de resultados de la inconstancia de los pueblos, que constituye la fortuna de los reyes, caian en sus manos sus enemigos. Por lo demas, Luis XVI elevó su alma al cielo arrebatado de impulsos sobrenaturales; enterneciéndose luego de repente y pensó en cosas terrestres al ver á las personas á quienes amaba tanto, y cuyos brazos querian retenerle; espresó una esperanza vaga, exagerada con un embuste piadoso á fin de moderar el dolor de la reina; semostró enteramente resignado á ponerse en manos de Dios,

(1) Historia de los girondinos.



hizo un voto sublime porque su vida no costase á su pueblo ni una gota de sangre, aconsejó á su hijo mas como cristiano que como rey, y todo esto entrecortado con besos, lágrimas, abrazos y plegarias, despidiéndose de un modo mas tierno de la reina, á la cual habló en voz baja. Cuando esto sucedia, no se oia fuera otra cosa que un cuchicheo amoroso y confuso; pero los comisarios miraban de vez en cuando y á hurtadillas por entre los cristales, como si quisieran decir al rey que iba trascurriendo el tiempo que debía durar la entrevista (1).»

Cuando llegó el momento fatal, levantóse Luis XVI, volvió á estrechar á toda su familia contra su pecho, y prometió volverla á ver antes de separarse de ella para siempre; pero estaba decidido á no cumplir su promesa por no aumentar aquella suprema desesperación. Acompañó, ó por mejor decir llevó hasta la escalera á la reina colgada de su cuello, á su hija medio desmayada en sus brazos, al Delfín asido á sus rodillas, y á madama Isabel enlazada á unos y otros. Allí pronunció tres veces la palabra «adios,» estendiendo las manos, y se volvió mientras socorrian á la joven princesa, que se habia desmayado, su madre y su tia.

Al día siguiente á las nueve oyó Maria Antonieta el redoble de sesenta tambores, el ruido de las piezas de artillería y la marcha de todo un ejército, lo cual indicaba que el rey salia para el suplicio. Los barrotes de la ventana no la permitieron recibir la mirada postrera que el rey dirigió á la torre en que quedaba su familia mas desgraciada aun que él. Aquella noche fatal todo se volvió desmayos, sollozos y plegarias. Maria Antonieta calculó el momento preciso en que debía caer la cabeza de Luis XVI, y cuando llegó ese momento, volvió á hincarse de rodillas encomendando á Dios su alma y la de la victima. En seguida invocó como su protector allá en el cielo al que como esposo perdía en la tierra. El Ayuntamiento le negó las noticias que queria saber acerca de la ejecucion, y ni aun siquiera pudo volverla á ver Clery, ni entregarle el pelo y el anillo que le confió su soberano; de suerte que estas reliquias fueron depositadas en la sala de los comisarios, de donde las hizo desaparecer Toulan para enviarlas al conde de Provenza. Sin embargo, la viuda consiguió que la permitiesen llevar luto por su marido, pero tasáronle este luto con vergonzosa mezquindad.

En vano trataron de consolarla su hermana é hijos y hasta algunos municipales, pues se negó obstinadamente á recibir ningun consuelo, y juró no volver á bajar al jardín, temiendo pasar por delante de la puerta del calabozo de Luis XVI. Solo por sus hijos consintió al cabo de un mes, en subir á la plataforma de la torre, cuyas almenas halló provistas de celosias que solo la dejaban ver el cielo; mas como ella no deseaba otra cosa, se felicitó en vez de lamentarse de semejante disposicion.

Los insomnios y las lágrimas acabaron de destruir su salud; su hermana y su hija imploraron en vano que abrieran una puerta de comunicacion durante la noche, pues les fué rehusado desapiadadamente. Entonces fué cuando los remordimientos trastornaron el juicio de la muger de Tison, su guardiana, y la reina se vengó de ella á su vez, conservándola á su lado y haciéndola participar de su propio alimento.

Llegaron al fin un día á arrebatarla su hijo y á anunciarla su próxima sentencia, pero este último golpe despertó toda su energia. Lanzóse entre los comisarios y el Delfín, diciendo, que solo con la vida le arrancarian á su hijo, cediendo únicamente cuando despues de dos horas de lucha cayó desmayada sobre el catre del Delfín. Desde entonces ya no le fué permitido ni aun diri-

girle aquellas sentimentales cartas que tan admirablemente escribia, como lo demuestra el testamento que envió á su cuñada, concebido en los terminos mas tiernos y sencillos, á la par que religiosos y magnánimos.

No tardó en saber los tormentos y las degradaciones infames que sufrió el rey de Francia estando en poder del zapatero Simon, así como tambien la respuesta del niño á su verdugo. «Capeto, decia éste, ¿qué harías si los vendeamos vinieran á salvarte? —Os perdonaría.» respondió Luis XVII. El monstruo no pudo contener una lágrima, y la reina reconoció el corazón de Luis XVI.

Verificóse la traslacion de Maria Antonieta á la Consergeria el 2 de agosto de 1793. «Mi tia y yo, dice la duquesa de Angulema en su memoria, pedimos en seguida acompañar á mi madre, pero no se nos concedió esta gracia. No la abandonaron los municipales mientras recogió sus ropas, viéndose precisada hasta á vestirse en su presencia. La registraron y despojaron de cuanto tenia en los bolsillos, aun hasta de los objetos menos importantes, de todo lo cual hicieron un lío que debian remitir al tribunal revolucionario donde seria examinado en su presencia. Dejaronla únicamente un pañuelo y un frasquito de esencias, temiendo que pudiera ponerse mala en el camino. Mi madre despues de abrazarme con ternura, recomendarme cobrase ánimo, cuidase mucho á mi tia y la obedeciese como á una segunda madre, me renovó las mismas instrucciones que mi padre; en seguida arrojándose en los brazos de mi tia le encomendó sus hijos. Yo nada le respondí; tanto era lo que me asustaba la idea de verla por última vez.... Mi tia le dijo algunas palabras en voz baja, y entonces partió mi madre, sin mirarnos siquiera, temiendo quizá que la abandonase su firmeza. Detúvose aun al pie de la torre, para que los municipales librasen al alcaide de la responsabilidad de la prisionera que sacaban del Temple. No habiéndose acordado de bajarse al atravesar el postigo, se dió un ligero golpe en la cabeza, y preguntándole si se habia lastimado, contestó: «¡Oh! nada al presente puede hacerme daño!» Subió en un carruaje con un municipal y dos gendarmes.... y mi tia y yo permanecimos muchos dias y noches enteras anegadas en llanto.»

Entrando en la Consergeria y despues de bajar la escalera, atravesar dos postigos, el claustro y el patio, hay otra puerta que dá por medio de tres escalones, á una habitacion subterránea alumbrada debilmente. Por una puerta mas baja que la primera, se llega á una especie de panteon abovedado, cuyo pavimento así como las paredes son de piedra, que despiden por todas partes humedad, está ennegrecido por el humo de las antorchas, y donde penetran algunos lividos resplandores por entre barrotes de hierro. Esta fué la última morada de la reina de Francia; allí fué donde la sumieron sus carceleros, sin otros utensilios que una vela de sebo, una mesa de pino, un cofre que parecia un atahud, dos sillas de enea, y una miserable cama propia de hospital ó de cuartel. Dos gendarmes estaban de vigilante dia y noche á la puerta con la injuria en la boca, y sable en mano.

Sin embargo, hasta en el fondo de aquel calabozo fué reina Maria Antonieta; tambien allí encontró dos corazones honrados que enternecer. El alcaide Richard ocultó su compasion bajo un aspecto de rudeza, y su esposa alivió como pudo las penas de la encarcelada, dándole noticias de sus hijos y devolviéndole la calceta que estaba haciendo en el Temple y que allí le quitaron. De este modo, tuvo la reina el supremo consuelo de acabar antes de morir un par de medias para su hijo!

Aquellos compasivos carceleros, fueron destituidos por el siguiente motivo. Presentóse un dia en la cárcel un caballero de San Luis, llamado Rougeville, que tenia por confidente, y á quien servia para la realizacion de su proyecto una muger que tenia amores con el municipal Michonis. La referida muger se dió tan buena traza,

(1). Véase el artículo de la *Muerte de Luis XVI*, Museo de las Familias, núm. 5, pág. 152.



que su amante convidó á comer en la cárcel al señor de Rougeville, que pasaba por un viagero extranjero. Cuando estaban en los postres exclamó éste: «Quisiera ver el extraño espectáculo de una reina de Francia encerrada en los calabozos de la Conserjería.» —¿No conocéis á Maria Antonieta? le preguntó el municipal —No, respondió el caballero en tono indiferente. —Pues bien, dijo Michonis, yo puedo enseñarosla ahora mismo. El señor de Rougeville aceptó la proposición, sin ningún empeño al parecer, y aquella misma noche fué introducido en el calabozo de la reina. Llevaba en la mano como maquinalmente, un clavel sacado de un ramillete que había regalado á la amante del municipal, y así que le vió Maria Antonieta, conoció en él á un amigo antiguo que iba con la esperanza de salvarla. Después de algunas palabras sin importancia, supuso que su clavel gustaría á la reina, y se lo entregó con misterio: la encarcelada le comprendió, y registrando la flor encontró en ella un billete concebido en estos términos: «*tengo á vuestra disposición gente y dinero.*» Ruborizose la reina, exhaló un suspiro, alzó los ojos al cielo, y decidida á morir sola, escribió su negativa con un alfiler en el reverso del papel; pero en aquel momento llega otro municipal, todo lo descubre, se apodera del billete y prende al caballero y á Michonis. A Richard y su muger les cupo la misma suerte por sospechas de complicidad, mas libertáronse afortunadamente, así como el señor de Rougeville, cuya cabeza se puso á precio, y á quien nunca se volvió á ver.

El ciudadano Bault y su muger éntrron á desempeñar el papel que hacían los esposos Richard y á sustituirles en su generosidad esponiéndose á su misma suerte. No siendo fácil hallar quien atormentase á la reina en su agonía, hubo quien pensó en el zapatero Simon; pero ¿cómo se reemplazaba semejante verdugo al lado de Luis XVII? La señora Bault recibía para su prisionera alimentos groseros y agua fétida, pero sustituyó á ellos diestramente agua pura y manjares saludables aunque sencillos. Entregábale también ramilletes de flores que llevaban las vendedoras para su buena reina, y so pretexto de amortiguar el ruido de palabras sospechosas, Bault estendió entre la cama y la pared una tela gruesa para quitar la humedad. El vestido, las medias y los zapatos de Maria Antonieta se caían á pedazos, pero la hija de los carceleros los compuso de noche, repartiéndose los preciosos harapos como reliquias á personas cuyo corazón se había mantenido fiel. Con obrar de este modo esponíanse aquellas buenas gentes á perder la cabeza; y tan cierto es esto, que un día que pidieron á Fouquier-Tinville una manta para la reina, les dijo el republicano furioso: «¿Que es lo que os atreveis á pedir? Mereceis que os lleven á la guillotina.» Bault se vió, pues, obligado á cambiar la ropa de su cama por la de la prisionera. La hija de los carceleros peinaba también todas las mañanas á la reina con mas respeto que destreza, y ocultando las canas que se desprendían de aquella cabeza de treinta y siete años conseguía algunas veces hacerla reír. Todos sus recuerdos, todos sus proyectos se referían á sus hijos; y así con hilos de lana que quitó al raído tapiz que cubría la pared, consiguió tejer un cordón de la *Jarretiera*, con dos mondadientes, dejándolo después caer una mañana á sus pies: Bault lo cogió sin que nadie lo notara y de este modo llegó hasta la hermana del Delfín, la cual posee aun este legado del martirio.

Fouquier-Tinville fué á notificar el día 13 de octubre á Maria Antonieta el acta de acusación. «Su delito era ser reina, esposa y madre del rey y haber aborrecido una revolución que le quitaba la corona, su esposo, sus hijos y la vida.» Ni siquiera contestó una palabra y escogió por defensores á Chauveau-Lagarde y Tronzon-Ducoudray. Al día siguiente se vistió según lo permitía

su miseria, pero con cierta dignidad, porque no quería inspirar compasión ni á amigos ni á enemigos, y se trasladó en medio de un batallón de gendarmes, al tribunal cuyos jueces eran Hermann, Foucaud, Sellier, Cofinhal, Lefiege, Ragmey, Maire, Denizot y Masson. Todos estos nombres son como se vé desconocidos, porque la historia ha tenido la indulgencia de confundirlos en su olvido con los nombres de verdugos.

La multitud contempló con muda curiosidad aquella magestad herida como de un rayo, pero no abatida; aquella hermosura ajada por el dolor, pero notable aun; aquellos ojos rodeados de un círculo amoratado, merced al insomnio, aquellas arrugas precoces surcadas por arroyos de lágrimas; aquella boca cuya amarga sonrisa conservaba tanta nobleza, aquellas miradas que brotaban de las sombras como los relámpagos de las nubes, aquella cabellera de oro y plata, y aquel talle siempre admirable que no había podido doblegar ninguna humillación.

—Acusada, le preguntó el presidente Hermann, ¿cómo os llamais?

—Maria Antonieta de Lorena de Austria.

—¿Cuál es vuestro estado?

—Soy viuda de Luis, rey hace poco de los franceses.

—¿Qué edad teneis?

—Treinta y siete años.

¿Qué epopeya de grandeza y decadencia, de gloria y de dolor, no encierra este sencillo interrogatorio!

En seguida se leyó el acta de acusación en la cual, además de los supuestos delitos de nacimiento, despotismo, conspiración y odio al pueblo, figuraba cuanto se había escrito en esos viles folletos en que se ultrajaba el carácter de la reina y las costumbres de la muger. Sin embargo, dejó pasar aquel torrente de oprobios, sin dignarse oponer á ellos ni un signo exterior de ira.

Durante el interrogatorio de los testigos, respondió y discutió con tanta presencia de ánimo como sencillez, refutando á sus acusadores para la posteridad, y no para el tribunal, y procurando no comprometer á nadie, interesára ó no á su defensa.

Hebert fué el único que consiguió despertar su indignación y le inspiró un movimiento de elocuencia sublime. Este loco cínico interpelando acerca de los acontecimientos del Temple, se atrevió á decir que la reina había llevado sus excesos hasta corromper á su propio hijo, «á fin de debilitar á un mismo tiempo su cuerpo y su alma y de reinar en su nombre sobre las ruinas de su inteligencia.» Para colmo de audacia é ignominia, presentó á Mad. Isabel como cómplice de sus infamias. Al escuchar semejante acusación se oyeron murmullos y rugidos entre los descamisados mas perversos. Por lo que respecta á la reina, el horror venció su impasibilidad y se levantó magestuosamente para responder; pero creyendo manchar sus labios se contuvo y volvió á sentarse. Al cabo de una media hora le preguntó un jurado por qué no contestaba á la alegación de Hebert. «Me calló, dijo al fin Maria Antonieta con la dignidad de la inocencia y la explosión del pudor, porque hay acusaciones á las cuales la misma naturaleza rehúsa contestar.» En seguida volviéndose mas magestuosa y admirable sobre aquel banco que sobre el trono de Francia, á las mugeres que menos simpatías mostraban hacia ella entre las que allí se hallaban, exclamó con una voz que partía todos los corazones: «Apelo á todas las madres aquí presentes.» Siguió á estas palabras un largo silencio; Hebert cayó bajo el peso de la vergüenza y la reina no se ciñó jamás tan hermosa corona.

Defendió asimismo con valor y hasta con abnegación la memoria del rey su esposo, pero la sentencia estaba pronunciada de antemano. Hermann reasumió friamente la acusación y declaró á Maria Antonieta condenada por el pueblo. Chauveau-Lagarde y Tronzon-



Ducoudray dirigieron á aquellos sordos jueces una defensa que ha comprendido la posteridad; en seguida finjó deliberar el jurado y pronunció la sentencia de muerte en medio del cruel ruido de las pisadas de la multitud. Volvió la reina para oír su sentencia sin que se la escapase la menor palabra ni hiciese el mas leve gesto. «¿Teneis que hacer alguna observacion?» le preguntó Hermann. Movió la cabeza y levantóse por sí misma como para marchar al suplicio dominando con su magestad suprema los innobles aplausos que la persiguieron hasta el fondo de su calabozo.

Eran las cuatro de la mañana... Los primeros resplandores del alba esparcían una livida claridad en las bóvedas de la Consergeria. Depositada en la sala fúnebre donde los condenados esperan al verdugo, la reina consiguió del alcaide una pluma, papel y tinta, y escribió á su cuñada una carta que debe mirarse como su testamento, la cual aunque no llegó á su destino, fué hallada entre los papeles de Couthon á quien se la entregó Fouquier-Tinville como una curiosidad.

Luego que concluyó la carta, la cubrió de besos y lágrimas y se la confió á Bault que debía entregarla á Fouquier.

Se negó á recibir los auxilios espirituales de los sacerdotes juramentados, que fueron á su encierro, no queriendo sancionar nada de la revolucion. Respondió sin embargo con bondad al abate Girard cura de San-Landry: «Siento en el alma no poder recibir por vuestro conducto el perdon de Dios, á pesar de que le necesito muy mucho porque soy una humilde pecadora; voy á recibir un glorioso sacramento...—Si, el martirio, murmuró el cura constitucional retirándose con respeto.»

Hase dicho que un sacerdote no juramentado, Mr. Magnier, despues cura de San German l'Auxerrois, consiguió llegar, menospreciando la muerte, hasta el calabozo de la reina, á quien confesó y dió la comunión algunos dias antes de su sentencia. Este hecho difícil de creer, ha sido despues puesto en duda, pero un antiguo amigo del abate Magnier, nos afirma habérselo oido contar á él en el pulpito mucho antes de la Restauracion. Sea lo que fuere, Mad. Isabel, gracias á las relaciones que por intervencion de Bault reinaban del Temple á la Consergeria, indicó á su cuñada el número y piso de una casa en la calle de Saint-Honoré en que debía hallarse un sacerdote fiel para darle la absolucion, sin saberlo los revolucionarios, en su tránsito al suplicio.

Maria Antonieta durmió, lo mismo que Luis XVI, algunas horas de su postrera noche, y al rayar el día 13 de octubre, fué á vestirla la hija de Bault. Quitóse el luto para vestirse el traje de la inocencia. Púsose un vestido blanco, una pañoleta del mismo color, y solo indicó su viudez con una cinta negra que se ató en la frente. ¡Cuántas veces al prepararse de aquel modo para subir al cadalso, debió pensar en tantas y tantas ocasiones como la vistieron veinte ó mas camaristas para concurrir á las fiestas de Versailles y Trianon!

Un gentío inmenso aguardaba que pasara la víctima, formando dos filas tumultuosas, asomado á las ventanas y balcones, encaramado á los tejados, y subido en los árboles, desde la puerta de la Consergeria hasta la plaza de la Revolucion. Las mugeres sobre todo, para eterno baldon suyo, querian ver morir á la *Austriaca* y habian invadido hasta los patios de la cárcel.

A las once fueron á buscar su presa los gendarmes y el verdugo: la reina abrazó entonces á la hija de Bault, se cortó parte de su magnífica cabellera, presentó sus manos para que se las ataran, y se puso en marcha con paso magestuoso, sin indecision, sin turbarse, sin ponerse pálida; porque ningun poder humano podia impedirle que muriera como había vivido; esto es, como reina de Francia. Solo se le escapó un gesto de horror, cuando la intimaron subiese á la carreta de los senten-

ciados, pues creia que así como Luis XVI no la conducirían en el horrible vehículo de los asesinos. Sin embargo, se resignó pronto, bajó la vista y subió á aquel miserable carro para otros, mas para ella su último trono. El sacerdote juramentado se colocó detrás de ella aunque rechazaba su asistencia, y la multitud empezó á gritar: «Viva la república! Abajo la tiranía! Muera la *Austriaca*! Dejad pasar á la viuda de Capeto!»

La carreta arrancó en medio de los sables y bayonetas, siendo un suplicio para la reina, mucho mayor que los clamores del pueblo, el no poder, como tenia las manos atadas, evitar las sacudidas y conservar la nobleza en sus ademanes. «Ah! ah! le gritaban infames Megueras en tono burlon; ahora no tienes tus hermosos cogines de Trianon!» Tambien fué un suplicio para ella como muger, el que el viento que penetraba por entre la niebla otoñal, descomponia su humillante prendido, haciendo que flotasen sus cabellos y le dieran en los ojos enrojecidos por el frio; de suerte que se mordía de vez en cuando los labios como para contener un grito lastimero.

La multitud obró con mas calma en la calle de Saint-Honoré, y hasta la misma reina recobró su sangre fria al ver pintada en los semblantes, sino la piedad, la conternacion. Entonces se puso á examinar con cierta curiosidad aquella poblacion que tanto habia cambiado desde que ella estaba presa: parecia que iba contando las banderolas tricolores izadas en todas las ventanas, y tal fué la opinion de los republicanos; pero se engañaban, pues la victima cristiana contaba los números á fin de conocer las persianas de donde debía descender hasta ella el perdon de Dios. Al llegar delante de la casa indicada por Mad. Isabel, notó un gesto imperceptible para la multitud; se inclinó, púsose á meditar con fervor y al recibir la absolucion, hizo con la cabeza la señal de la cruz, no pudiendo hacerla con la mano. Desde entonces brilló en su rostro el júbilo de los escogidos, y el coro de los ángeles que la abrian las puertas del cielo apagó para su alma todos los rumores de la tierra.

A la entrada de la plaza de la Revolucion, vió á un lado las Tullerías, donde se había ceñido la real diadema, y al otro el cadalso encarnado en que iba á caer su cabeza. Al pensar en semejante contraste, desprendiéronse de sus ojos dos lágrimas sobre sus agarrotadas manos.

Ya al pie de la escalera dijo al verdugo á quien pisó inadvertidamente: «Perdonad», y subió los escalones con paso firme. Púsose de rodillas y oró durante algunos momentos; en seguida se levantó y mirando hacia las torres del Temple, murmuró: «Adios, queridos hijos, voy á reunirme con vuestro padre.» Estas fueron las últimas palabras que pronunció: arrojóse despues sobre la bascula como impaciente por morir, y notóse que el verdugo titubeaba en cortar semejante vida, pues su mano se estremeció al soltar la cuchilla. Al fin cayó ésta y la cabeza de la reina saltó lejos de su cuerpo: el ayudante del verdugo la cogió por los cabellos, y teniéndola en alto dió una vuelta por el cadalso teñido en sangre, mientras que de un extremo á otro de la plaza resonaba el estruendoso grito de «Viva la república!»

Al día siguiente se leía, y aun puede leerse hoy, en el libro de enterramientos de la Magdalena, lo siguiente: *Por el atahud de la viuda de Capeto, siete francos.*

Ese atahud ha costado mas caro á la revolucion: le ha costado su honra y su gloria. La libertad de 1789, resentida ya con la inmolacion parricida de Luis XVI, al resbalar en la sangre de Maria Antonieta y las victimas de 93, dió una caída tan fuerte y bochornosa desde la cima de aquel cadalso, que apenas si se ha levantado al cabo de medio siglo de espionaje; y de seguro hubiera muerto á no ser como es inmortal.



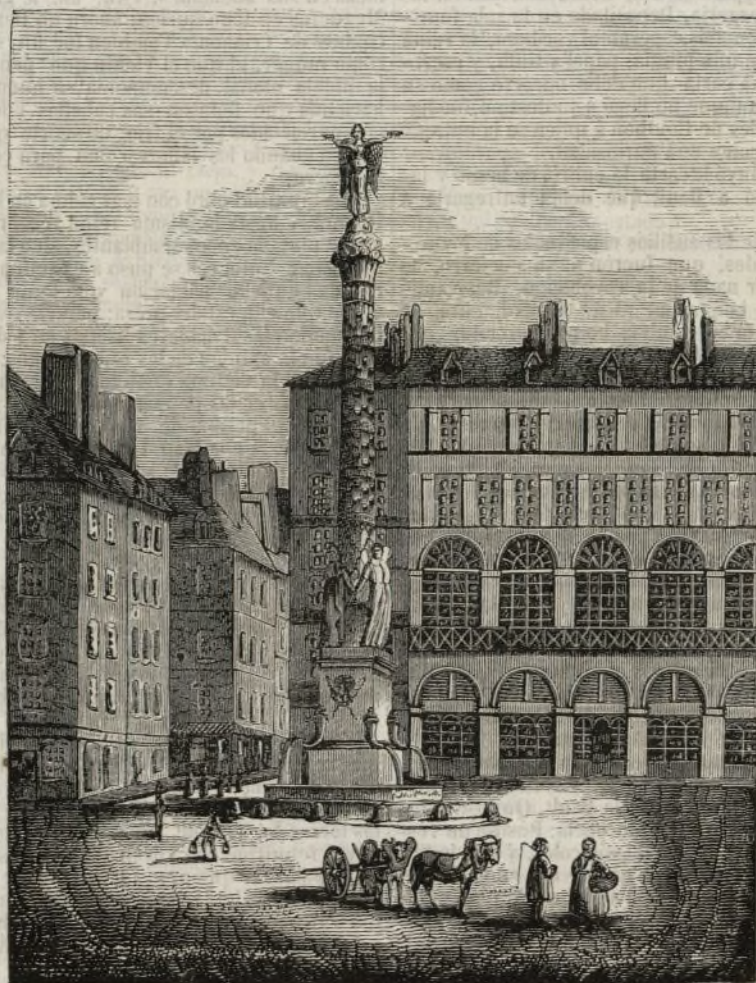
## ESTUDIOS DE VIAGES.

## FUENTE DE LA PALMERA EN PARÍS.

La *Fuente de la Palmera*, ó columna del Chatelet, fué construida en 1807. Estendiase considerablemente el recinto de París en el siglo XVII. Continuó Napoleon con actividad aquella grande obra de embellecimientos y mejoras emprendidas por Luis XIV. En el centro de la plaza del Chatelet, hizo construir el emperador la

*Fuente de la Palmera*, fuente que por su forma y su aislamiento, y por sus inscripciones á la memoria de los ejércitos franceses, merece el título de monumental. En medio de una taza circular de 20 pies de diámetro, hay un pedestal que sostiene una columna de 25 pies de altura; tiene su caña la forma de una palmera, cuyas ramas semeja su capitel.

Elévanse sobre el pedestal cuatro estatuas simbólicas mayores que el natural; las cuales representan la Ley, la Fuerza, la Prudencia, y la Vigilancia. Unidas entre sí por tener juntas las manos, forman un círculo alrede-



FUENTE DE LA PALMERA EN PARÍS.

dor de la base de la columna, cuya caña dividen anillos de dorado bronce, en los cuales aparecen inscritos los nombres de las victorias ganadas por los franceses. A los cuatro ángulos del pedestal están colocados cuatro cuernos de la abundancia, cuyas partes inferiores rematan en cabezas de peces que producen cuatro chorros de agua. El frontis del pedestal que mira á la puerta del Cambio, y el opuesto, están adornados con una ancha corona de laurel en relieve, en cuyo centro se cierne una águila con las alas tendidas.

Encima del capitel de la columna, se vé una punta esférica de dorado bronce, en la cual se eleva, del mismo metal, la estatua de la Victoria, con las alas desplegadas, elevando y teniendo en cada mano una corona, pues como ya lo hemos dicho, elevóse este monumento en 1807, época en que se encontraba Napoleon en el apogeo de su poder: habia triunfado en Austerlitz, en Jena, en Eilau, en Friedland, y la paz de Tilssitt acababa de sancionar sus gloriosas victorias.



## GLORIAS DE ESPAÑA.



MUERTE DE DON ALONSO V.

## LA TOMA DE VISEO.

I.

Los primeros cuidados del rey don Alonso V de Leon, así que se halló en posesion de su reino al salir de la tutoria del conde de Galicia, Melendo Gonzalez, fueron la pacificación de sus nuevos estados, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y de las buenas costumbres, para lo que contribuyó en gran parte la restauracion de las antiguas leyes godas que algun tanto habian caído en desuso con el transcurso de los años. Alfonso V si no tuvo tiempo de dejar consignados en la historia sus blasones de guerrero, restableció leyes godas y añadió otras que han prevalecido por largos años en España, y que por tradicion se han perpetuado

TOMO VI.

en la memoria de los agradecidos pueblos con el nombre de *los bonos foros del rey don Alonso*.

El ensanche y embellecimiento de la ciudad de Leon, fué tambien uno de sus principales desvelos, rehaciendo los monasterios y los caserios arruinados y reedificandola por decirlo así. Pero luego que pudo distraerse de estos cuidados interiores, y así que una de aquellas felices y tan raras treguas de los disturbios que agitaban á los pueblos de la España cristiana, le permitió disponer de las fuerzas de su reino, las reunió inmediatamente para empezar la campaña contra los infieles, invadiendo los estados entre el Tajo y el Duero para estender sus conquistas por la antigua Lusitania.

Esta expedicion guerrera acaudillada por el monarca, ni tuvo que sostener combate, ni halló obstáculo de consideracion hasta llegar á Viseo, que entonces mas que poblacion era una fortaleza que como señora de todo el contorno, se ostentaba sobre una eminencia. Habianse refugiado en Viseo, no solo los árabes de mas importancia de todas las cercanias, sino muchos y muy

41



valientes guerreros resueltos á defenderla á toda costa, por lo que don Alonso, dando toda la importancia que se merecía á la toma de esta plaza, la rodeó con su hueste, estorbó toda entrada de mantenimientos, rechazó todas las salidas de la guarnición, y deseando economizar la sangre de sus soldados, trataba de quebrantar por todos los medios posibles la furia de los sitiados antes de dar el último asalto.

Había salido el rey una mañana á revistar los puestos avanzados de su ejército, y á ver si todo estaba en el buen orden que él tenía prevenido, cuando embelesado con el grato aspecto de la campiña cubierta de viñas y de castaños, y con la vista no menos pintoresca de su ejército, se acercó mas de lo que era debido á las murallas enemigas. Los pocos personajes que acompañaban al rey no se atrevían á recordárselo; mas al ver que se congregaba alguna gente sobre dos altos y oscuros torreones, que desde tiempo de los romanos se alzaban sobre las casas de Visco, no pudieron menos de advertir al monarca aquella circunstancia diciéndole:

—Retiraos prontamente, señor: sin duda que os han visto desde lo alto de la muralla, y así conforme os encontráis correis bastante peligro.

Se hallaba efectivamente don Alonso no solo desarmado sino vestido muy á la ligera, á lo que le había incitado el calor que en aquel día se dejaba sentir con bastante fuerza.

—No conviene, contestó el rey, retirarse con precipitación, ni dar tal prueba de temor á vista de los enemigos. No obstante, dadme un escudo con que me resguarde.

—¡Cubrios, señor, cubrios! clamaron apresuradamente cuantos rodeaban al monarca, precipitándose unos á darle el escudo y otros á ampararle y protegerle con sus mismos cuerpos. Era que habían divisado en la muralla el movimiento de los árabes que tendían los arcos para disparar.

Todas las previsiones fueron inútiles: llegaron las flechas casi todas sin empuje para hacer daño á causa de la distancia; pero una, disparada por tan certero como vigoroso brazo, llegó y se clavó con fuerza en el pecho del monarca; precisamente en aquella parte en que solo estaba resguardado por una blanca túnica de lino. El desventurado don Alonso cayó del caballo en brazos de los suyos, dando un quejido de muerte al que respondieron mil estrepitosos gritos de júbilo en lo alto de las murallas de Visco.

Pocos momentos despues, en la mas inmediata tienda del campamento se presenciaba un doloroso espectáculo. Tendido sobre un lecho salpicado de sangre, y con un rostro livido en que se pintaban las angustias de una penosa agonía, se hallaba el rey don Alonso V, mientras que sus amigos, sirvientes, y los principales gefes del ejército, unos arrodillados y otros de pie derecho alrededor de la cama, contemplaban á su monarca en doloroso estupor, comprimiendo algunos sollozos para no interrumpir el silencio mortal que allí reinaba.

Hubo un momento en que el monarca abrió lentamente los ojos, dirigió una indecible mirada á los que le rodeaban, y haciendo un enérgico y supremo esfuerzo sobre sí mismo, se incorporó algún tanto para decir estas palabras:

—Conozco que voy á morir.... No me es doloroso el término desgraciado que la Providencia ha puesto á mis días; pero duéleme morir lejos de mi casa y dejar á mis hijos, Bermudo y Sancha, en una edad en que tanta falta tendrán de apoyo y de experiencia contra los peligros que han de rodearlos.

—Nosotros, contestaron algunos de los circunstantes, nosotros los defenderemos con nuestras vidas y haciendas.

—Si, amigos, continuó don Alonso, velad sobre mis hijos: suplid la falta de su padre.... decidles que se mantengan siempre unidos, que se amen como yo siempre

los he amado.... Llevad mi espada á Bermudo, para que con ella prosiga las empresas de su padre.... y acordándose de mi muerte....

Hasta aquí pudo llegar el infeliz don Alonso, que cayó desfallecido en el lecho y á pocos momentos dejó de existir. El ejército cristiano, sin que los sitiados tratasen de inquietarle, se alejó lentamente de las murallas de Visco para volver á su patria, llevando entre sus consternadas filas el cadáver de su desgraciado monarca.

## II.

Treinta años despues hallábanse los estandartes cristianos al frente de Visco; pero esta vez no eran solos los leoneses los que venían á poner el sitio, ni tampoco era Bermudo, rey de Leon, el que acudía á vengar la muerte de su padre. El turbulento reinado de aquel monarca había transcurrido sin darle tiempo para ninguna empresa; pero en cambio ya amanecían días venturosos para los pueblos cristianos de la España. Veíanse unidos al frente de Visco los estandartes de Castilla y de Leon, y venía acaudillando las huestes de ambos reinos el rey don Fernando I, llamado el *Magno* por sus heroicas empresas y por la grandeza de alma que no se desmintió un solo momento en todos los de su vida. Casado este monarca con doña Sancha, hija del rey don Alonso V, y heredera despues de la muerte de su hermano Bermudo, de todo el reino de Leon, había tenido la dicha de reunir en su persona ambas coronas de Leon y de Castilla, había logrado la tan ansiada unidad de la monarquía y podía en fin, ya apaciguados los disturbios interiores de Castilla, disponer de las numerosas fuerzas que su temple helicoso necesitaba para confundir la osadía de los infieles.

Juntando, pues, un ejército poderoso se internó por las tierras que en Portugal poseían los árabes, recorriendo todo lo que ganado por su suegro Alonso V, había vuelto á perderse en su desastrosa retirada. Cea, pueblo fortificado á la falda del antiguo monte Hermínio, fué tomado por asalto en esta primera campaña, suspendida por los rigores del invierno para ser continuada en el año siguiente, que fué el de 1057. En la primavera de este año se tomaron varios pueblos de poca importancia, llegándose por fin en el mes de julio al frente de Visco que parecía ser el término á que anhelaba el rey don Fernando.

Creía éste que las numerosas fuerzas que acaudillaba, y mas que otra cosa la fama de sus recientes conquistas, aterrarian de tal modo á los defensores de Visco que no osarian resistirle; pero se engañó mucho en sus esperanzas. Aparecían las almenas de la plaza coronadas de aquellos diestros flecheros, contra cuyos disparos no había cota bastante segura, y percibíase en fin todos los preparativos de una porfiada defensa. El rey don Fernando dispuso sus tropas en buen orden de ataque, situado en parage conveniente los honderos que habían de molestar á los defensores de las almenas, y al abrigo de tablonés y de escudos forrados empezó á aproximar sus tropas á la muralla. Creyó sin embargo que antes de emprender el asalto debía hacer una intimación á los sitiados, pero la respuesta de estos no pudo ser mas arrogante.

—Aún tenemos flechas, dijeron, de las que sirvieron contra el rey don Alonso, y aun se halla entre nosotros el que con tanto acierto sabe dispararlas.

Toda la cólera del rey don Fernando estalló, todos sus deseos de venganza se renovaron con semejante respuesta. Tiró prontamente de su espada, gritando con energía.

—¡Al asalto, mis valientes! ¡Al asalto!

Los soldados que por esta exclamación de su rey, conocen que ha habido algo de insultante y oprobioso



para el honor español en la respuesta que acaban de transmitirle, contestan y aplauden con terrible vocería, y desde aquel momento se traba un horrendo combate. Conforme las compañías iban pasando al asalto, el rey Fernando les decía:

—Todo cuanto hay en la plaza es vuestro; todo se repartirá en partes iguales, entre las provincias que siguen mis banderas. Yo solo quiero que me guardéis ese diestro flechador que mató á mi suegro el rey don Alonso.

La plaza fué tomada por asalto, casi todos sus defensores murieron en la brecha, y otros muchos fueron despues pasados á cuchillo; pero se preservó con particular cuidado al árabe tan diestro en disparar las flechas, el que á pesar del considerable estrago que habia hecho en las filas cristianas, fué conducido sin lesion á la presencia del rey don Fernando.

No dió el altivo musulman señal alguna de temor ni flaqueza al presentir la muerte que le esperaba. Todo al contrario, se plantó impávido delante del monarca, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándole con desdeñoso ademán, y guardando un insultante silencio. El rey don Fernando se vió precisado á decir:

—¿Eres tú el mismo que dió muerte á mi padre el rey don Alonso?

—Sí, contestó resueltamente el árabe, yo soy el que atajé desde el principio de su carrera, los pasos de aquel ambicioso monarca.

—Y si esto es cierto ¿cómo no imploras prontamente tu perdon?

—Yo pedir perdon, cual de un delito, por la hazaña de que mas me envanezo! No, yo no temo la muerte. Muero contento porque mi brazo guiado por el grande Alá, ha retardado por algunos años la destruccion completa de mi patria, y solo siento no haberla retardado por mas tiempo, traspasando con mis flechas á ti y á todos los reyes de tu raza maldecida.

Los impacientes soldados que custodiaban al prisionero, irritados con tanta arrogancia, agitaron convulsivamente las espadas y consultaron con los ojos al monarca, si harian saltar de los hombros la cabeza de aquel hombre temerario; pero el rey don Fernando contestó á estas insinuaciones y con aparente moderacion:

—No, no quiero que muera: me basta con que le pongais en estado de que nunca pueda cumplir lo que desea.

Al dia siguiente, el altivo musulman caminaba libre lejos de los reales; pero privado de ambas manos, ostentaba sus mutilados brazos, como testimonio de la venganza de los cristianos, que le habia de valer sin embargo la palma y honores del martirio entre los suyos.

### III.

Con la caída de Viseo, principal fortaleza en que los arabes tenian puesta toda su confianza, se facilitó grandemente la conquista de otros varios pueblos de la Lusitania, situados en la estensa comarca que el rey don Fernando se habia propuesto devastar en sus frecuentes expediciones. A la toma de Viseo se siguió inmediatamente la de San Yust, fortaleza situada sobre un riachuelo y la del castillo de Taroca, antiguo solar de los pueblos de San Martín y de Taranzo. Lamego, á pesar de sus murallones casi inespugnables para las máquinas y baterías de guerra que se usaban en aquella época, cayó tambien despues de un fuerte asedio en poder del vencedor don Fernando, que sacó de allí gran número de prisioneros; pero á orillas del Mondego y á seis leguas del mar Océano, descollaba la opulenta ciudad de Coimbra, que era todavía el objeto de los mas ardientes deseos del rey cristiano.

Ardua en extremo era la empresa de apoderarse de

Coimbra, ciudad populosa y bien fortificada, por lo que fué necesario dilatarla para otra ocasion. A la campaña siguiente que fué la del año de 1040, el rey, despues de haber hecho sus votos y su visita al apóstol Santiago, volvió con todo su ejército sobre Coimbra, y despues de haberla cercado de modo que no pudiese pasar ningun mantenimiento, comenzó á combatirla muy reciamente. Defendiéronse los sitiados durante seis meses, y su valor se fundaba mas que en sus propias fuerzas en la esperanza de que el rey don Fernando se veria precisado á levantar el cerco á causa de la penuria de sus tropas y de la estremada escasez de víveres que en el campo se padecia. No era menos grave y angustiosa la de los sitiados; pero estos esperaban verse libres de un momento á otro con la precisa retirada de sus implacables enemigos.

Habia pensado con efecto el rey don Fernando en levantar el cerco, antes que desairar el valor de sus tropas ante los muros de Coimbra; y hacerlas padecer los rigores del hambre en aquella comarca asolada por las guerras anteriores, cuando se presentó en el campo y con designio de hablar al rey, el abad de un monasterio llamado Lormano, que era un edificio situado en la frontera de ambos estados beligerantes, y uno de aquellos que por una singular circunstancia de esta época, eran considerados como neutrales aun por los mismos musulmanes. Luego que el abad saludó al rey, le dijo:

—Hasta ahora, señor, no he creído que debia ofreceros mis servicios y los de la comunidad á que presido: pero ya ha llegado segun veo el momento oportuno.

—Ciertamente, padre abad, que vuestras oraciones pueden servir mucho con el Todopoderoso; pero ahora por el momento lo que...

—No se trata precisamente de los auxilios espirituales que desde un principio hemos implorado para el triunfo de vuestras armas, se trata de los recursos temporales que mi prevision tiene dispuestos para un caso que forzosamente habia de llegar.

Invitó en seguida al rey á que pasase al monasterio; y grande fué la sorpresa del monarca al ver el gran depósito de víveres que en él habia, el grande acopio de provisiones que los religiosos habian hecho con marcada intencion en todos los meses anteriores á la conquista.

—Todo cuanto veis, exclamó el abad, todo cuanto poseemos es vuestro. Todo lo hemos recogido á espensas de vuestros enemigos y para mejor asegurar vuestra conquista.

—Abad, contestó el rey, dándole la mano, yo sabré recompensaros. Vos sois hoy mi providencia sobre la tierra.

Los víveres fueron trasportados al campo con no poco júbilo de los soldados de Fernando, que hallaban ya un medio de asegurar el triunfo de su empresa; pero los infelices sitiados á vista de aquel inesperado y casi milagroso recurso de que sus enemigos hacian tanta ostentacion, decayeron de ánimo, perdieron de todo punto la esperanza, y antes de ser víctimas del hambre, entregaron la ciudad bajo duras capitulaciones.

En la mañana del domingo 26 de julio de 1058, entró el rey en la ciudad, acompañado de su esposa doña Sancha, de los magnates, de los prelados, de los abades y de todos los esclarecidos varones que le habian seguido en la conquista. La triunfadora comitiva desfilando por delante de cinco mil y cincuenta musulmanes rendidos, fué á dar gracias al Dios de los ejércitos en la nueva iglesia cristiana. Allí tuvo lugar la religiosa ceremonia de armar caballero el mismo monarca á un jovencito que se habia distinguido notablemente en aquella su primera campaña. Este novél guerrero llamábase entonces Rui Diaz de Vivar, despues le llamaron *el Cid Campeador*.

F. FERNANDEZ VILCABRILLE.



## ESPAÑA CABALLERESCA.

### ¡TRES AHANTES Y NINGUNO!

#### LOS ÚLTIMOS AÑOS DE CARLOS II (I)

(153333)

Toda historia tiene algo de novela.  
Toda novela tiene algo de historia.

V.



En las diez de la noche, la reina se hallaba sola en su estancia absorta en una profunda meditación, la camarera mayor la anciana duquesa de Alburquerque, se había retirado cansada del paseo de la tarde, la dama de servicio estaba sola con la reina. El rey Carlos II se había encerrado en su despacho para firmar ciegamente cuanto el duque de Medinaceli había decidido. Nadie podía figurarse que el embajador de Francia que había visto por la tarde a la reina, tuviese que presentarse a aquella hora para hacer a Maria Luisa una comunicacion de parte de su corte. Presentóse Rebenac a los guardias, pronunció su nombre y le dejaron entrar. La dama se retiró a una respetuosa distancia desde donde no podía oír la conversacion.

—¿Qué teneis que decirme, conde? dijo la reina.

Dudó un momento Rebenac mirando al lado donde se había retirado la dama, como si temiese poder ser oído.

—Hablad con toda seguridad, no puede oiros a esa distancia, dijo la reina que penetró su intencion.

—Nos ven, señora, y es importante no lean en vuestros ojos la justa indignacion que vá a causaros lo que voy a deciros.

—Hablad.... nada podrá aterrarme mas que las dos palabras que me dijisteis en Atocha.

—Para alarmar así a V. M. fué preciso todo el terror que inspiraba esta carta que acababa de recibir de Francia. La vida de V. M. está amenazada, ¿podia yo estar tranquilo pensando en semejante peligro?

Tomó la reina la carta que le presentaba el embajador: la leyó sin ponerse pálido su semblante, sin dejar ver en él la menor señal de alteracion y sorpresa.

—Nada me dice de nuevo, continuó la reina guardando la carta en su pecho. Es de mi padre. Vuestra inquietud me lo había revelado antes todo. Tienen miedo de mis derechos, y quieren anularlos con mi existencia. ¿Qué hemos de hacer contra sus infames proyectos?

—Desbaratarlos, respondió vivamente Rebenac. Poco importa que la cólera del rey mi amo, os vengase des-

pues, urge ponerlos a cubierto de una infame traicion. Son conocidos los medios de que habitualmente se vale el Austria para desembarazarse de los rivales que la incomodan. Ya he hecho velar en vuestra cocina gentes que me son fieles, y todos los manjares que se presentan en vuestra mesa los prueban antes dos hermosos perros que no se separan un instante de vuestro cocinero francés. Esta precaucion es tanto mas fácil cuanto que el rey come aparte y solo gusta de platos españoles. Nuestras precauciones pueden así permanecer secretas, pero es preciso que V. M. no coma ni beba nada sino lo que se presente en su mesa. El ejemplo de vuestra augusta madre debe de probaros, señora, lo indispensable de esta precaucion.

—Vale mas morir mil veces que sujetarse a tan terribles precauciones. No es tan feliz mi vida que valga el disputarla así a la muerte, Dios la salvará si la cree de alguna utilidad en este mundo. No me siento con fuerza para combatir con tan poderosos enemigos, y me resigno a la suerte que me preparen.

—¡Ah, señora! esa resignacion es un crimen; es la muerte de cuantos se interesan por vos. El porvenir, la gloria de la Francia y de la España, vuestros parientes, vuestros defensores, todo os manda vivir.... Es tan difícil soportar la existencia cuando uno sabe que es la Providencia de toda una nacion, cuando es admirada... amada, adorada....?

Rebenac se asustó al dejar escapar de su corazon esta palabra; se detuvo como asustado de lo que acababa de decir.

—Teneis razon, contestó la reina, tan turbada como Rebenac mismo al leer el temor que espresaban los ojos del embajador. Os parece culpable la poca importancia que doy a la gloria de reinar. Si supieseis cuán cara es esta gloria no me condenariais.

—Luis XIV vá a poner fin a las persecuciones que sufre V. M. Yo tengo órdenes positivas, poderes ilimitados para sustraer a V. M. a los peligros que le amenazan, para oponerme a las intrigas de la reina madre que quiere perderos en el concepto del rey, pero si puedo intentarlo todo por salvaros, si puedo morir en defensa de V. M., mi celo, mi valor, nada pueden contra la traicion, y por tan execrable medio se lisonjean vencer esos miserables. Ah! señora, no les dejeis ese triunfo, seguid mis consejos que son los de vuestro padre, los de vuestro tio, porque vuestra indiferencia por la vida no nos permite fiarnos en vuestro cuidado. Guiar a V. M. es mi único pensamiento, mi primer deber, mi constante inquietud.... Ah! por piedad... por... el rey mismo... cuya vida tan enfermiza pende de vuestros tiernos cuidados.... señora.... obedeced mis consejos.

Ardientes lágrimas rodaban a su pesar de los ojos de Rebenac, jamás súplica alguna se hizo con mas fervor. La animacion de sus facciones contrastaba con la inmovilidad de su cuerpo; con su sombrero de plumas en la mano, parecia un centinela plantado delante de la reina y no abandonó cuidadosamente esta posicion para evitar a la vista de la dama, la importancia de su conferencia con la reina.

—El interés que me manifiestan, dijo la reina procurando comprimir su emocion, os garantiza mi docilidad.

(I) Véase el número anterior.



Pero cómo creer yo, en el afecto del rey mi tío y el de mi familia, cuando me han sacrificado á su política, deserrándome sobre el trono de España me han condenado á una desgracia eterna! No me hago ilusion sobre el sentimiento que les inspiró. Su política tiene necesidad de mi vida. Trataré de defenderla contra mis enemigos... pero no atentan á mi vida, si supiesen hasta donde llega su infame política....

—Lo saben señora: conocen todo lo acordado en Viena. El respeto solo podía hacerme callar en ese punto.

—La vergonzosa proposicion....

—Me era conocida señora, y como nada tenía que oponer al horror que os inspira, jamás hubiera hablado á V. M. de ella.

En aquel momento la reina fijó en Rebenac sus ojos, leíanse en ellos la estimación, el reconocimiento.... tal vez mas aun. Rebenac se estremeció de alegría y el corazon de la reina sintió sin saberlo el eco de la vibración del placer que causó su mirada en el alma del embajador. El amor que se inspira es ya una sensacion aunque el alma ignore su existencia. Los dos habían convenido en la revelacion mútua del mas noble de los sentimientos, del que hace preferir la muerte al deshonor. ¡Cuanto amor no es necesario para animar en este severo culto á la muger que se adora!

La reina comprendió todo este amor, y entregó su corazon á una seguridad imprudente, desapareció en su confianza en Rebenac la saludable duda que hacia retener en el fondo del alma, las emociones secretas, los votos imprudentes.

Maria Luisa y Rebenac sin confesarse nada, se comprendieron, y con la seguridad de ser bien escuchado, el embajador de Francia esplicó detalladamente á la reina los medios de que debía valerse para evitar el veneno.

—V. M. se obliga, añadió despues con un tono humilde é imperioso á la vez, á no comer ni beber nada sino lo que le presenten preparado en su cocina francesa y los criados franceses, V. M. se obliga á continuar recibiendo con su afabilidad acostumbrada al conde de Mansfeld, y á conservar á la condesa de Soissons el favor que nunca debió concederle, pero de que es prudente dejarle todas las apariencias. V. M. redoblará su sumision á la reina madre, y tendrá las mayores consideraciones con el duque de Medinaceli.... con los grandes.....

—Y al conde de Monterey, le interrumpió la reina, le creéis complicado en este infame proyecto?

Rebenac fijó su penetrante mirada sobre la reina procurando adivinar el sentimiento que le hacia desear saber si el conde de Monterey conspiraba contra ella. Callaba el embajador entregado todo á la observacion.

—No os atreveis á decírmelo! exclamó la reina. También él me vende!

Rebenac era demasiado noble para dejar pesar esta acusacion sobre su rival, y así contestó inmediatamente.

—El conde de Monterey os es tan adicto señora..... como yo. El recuerdo de que le habeis sacado del destierro, está grabado en su alma.... os ama.... señora.... empero con ese amor caballeresco que no ofende, que no se revela sino por su constancia, que vive de la contemplacion del objeto amado, de los sacrificios que por él se hacen, y que por premio de su martirio, solo pide el permiso, el consentimiento de sufrirlo. El conde de Monterey es digno de vuestra confianza.

Rebenac se portaba como noble, haciendo el elogio de su rival; empero hubiera sido mas parco en el elogio si la manera tranquila con que le escuchaba la reina, no le hubiese probado que no habia riesgo en continuarlo y aun que podia hacerle servir para hacer de cierto modo la confesion de sus propios sentimientos.

—Aunque os engañéis, respondió la reina con cierto embarazo en el caballeresco amor que suponeis en el conde de Monterey, siempre es para mi un consuelo en medio de tantas enemistades y perfidias, poder contar con el celo de un amigo, y poder decir, allí está quien me guarda....

—Quien me adora, quien calla, interrumpió apasionadamente Rebenac, y que no aspira sino á la dicha de morir por mí!

Al terminar estas palabras escapadas á la efusion de su amante corazon, alejóse repentinamente Rebenac, mas reparando en la dama de servicio, se volvió hacia la reina para hacer su respetuosa reverencia al salir de la régia estancia.

¡Cuánta agitacion dejaron en el alma de Maria Luisa las palabras de Rebenac! Hubiera deseado permanecer sola el resto de la noche, para meditar á su placer sobre las impresiones dulces y fúnebres que encantaban y aterraban su alma. El rey, terminado el despacho con su ministro, vino con la reina madre y la condesa de Soissons á ver á la reina. Pocos instantes despues el conde de Mansfeld, el duque de Medinaceli y el conde de Monterey, solicitaron el honor de saludar á sus magestades. Consintió el rey en recibirlos. La reina Maria Luisa acordándose de los consejos de Rebenac, y mas por obedecerle que por medida de prudencia, escuchó con aire complaciente las galantes lisonjas que le dirigió el embajador de Austria. El conde de Monterey impaciente de ver largo tiempo al embajador hablar con la reina, llegóse á ella respetuosamente esperando atraer su atencion. En efecto, la reina conmovida aun del reciente elogio que del conde habia hecho Rebenac se apresuró á dirigirle la palabra. Admiróse de no experimentar el menor embarazo al hablar á un hombre que sabia estaba enamorado de ella, y comparó la desdeñosa paciencia con que escuchaba las insultantes declaraciones del conde de Mansfeld, y la calma que conservaba al leer en los ojos del conde de Monterey la respetuosa pasion que le devoraba, con la turbacion y la especie de embriaguez que se apoderaba de su alma á la menor palabra que la decia el conde de Rebenac. Las mugeres aman muchas veces sin saberlo ellas mismas; así Maria Luisa dándose cuenta de lo que sentia su alma á la vista de Rebenac, juzgaba que su emocion nacia de que Rebenac la hablaba de cosas terribles que interesaban su vida, y satisfecha con esta explicacion con su conciencia, se abandonaba á todas las emociones de los recuerdos.

El rey y las reinas levantándose terminaron esta pequeña sociedad. La reina siguió á Carlos II á su aposento, y el conde de Mansfeld y de Monterey y el ministro y la condesa de Soissons acompañaron á la reina madre.

—Soy falso profeta? dijo en voz baja la condesa de Soissons á Mansfeld en cuyos ojos brillaba la esperanza.

—Silencio, respondió Mansfeld con fatuidad; solo estamos un poco menos mal y nada mas!

—¡Es bastante! Estas cosas dependen del principio siempre.

## VI.

La corte iba á trasladarse al Escorial.—La marcha habia sido dispuesta con el mayor sigilo. No se habia dado aviso á los embajadores que pudieron haber reclamado el honor de acompañar al rey, porque se hizo creer que iba solo por unos dias á cumplir un voto religioso. El conde Mansfeld reconvino duramente al ministro duque de Medinaceli, por no haberle participado la marcha de la corte, empero el ministro desdeñando sus amenazas, se escudó con las órdenes terminantes del



rey. Mansfeld fué á quejarse á la reina madre en cuya estancia se reunian los mas decididos partidarios de la casa de Austria, y allí se resolvió la caída de Medinaceli, demasiado independiente, eligiéndole por sucesor al conde de Oropesa, que siempre con miras de llegar al ministerio, se habia grangeado el afecto del rey por sus exageradas lisonjas y se acordó imaginar un paso del ministro Medinaceli, de que se diese por ofendido el emperador de Austria, encargándose el embajador de asustar al débil monarca de España, amenazándole con una ruptura y aun una guerra, haciéndole sacrificar su mi-

nistro á la conservacion de la paz entre las dos grandes potencias y las dos grandes familias de la casa de Austria. Reemplazado el ministro por Oropesa, quedaba anulado el crédito de la reina y sin mas apoyo que el del embajador de Francia, de quien se prometió Oropesa hacer concebir sospechas al rey y pedir su relevo, y entonces nada se oponia al éxito de los planes del Austria. El conde Oropesa salió de este conciliábulo secreto, ébrio de orgullo viéndose ya primer ministro.

Rebenac á quien la marcha de la corte al Escorial sorprendia tanto como al embajador de Austria, aunque



VISTA DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

este último no ignoraba el objeto del voto religioso que iba á cumplir Carlos II, se hallaba paseando á caballo desolado por no haber podido ver á la reina antes de su marcha, y esperando al pasar obtener de ella una mirada.

La reina al marchar al Escorial se hallaba poseida de los mas tristes presentimientos, empero se asombraba de que no afectasen como otras veces su corazón, y hay en la felicidad de sentirse una muger amada según su corazón, tanto consuelo, que podria desafiar todas las desgracias del mundo.

Rebenac esperaba leer en los ojos de Maria Luisa, y adivinar la triste causa que llevaba al rey con tan escasa comitiva al Escorial.

Pasó el coche real delante de él, mas la reina, feliz al verle, agradecida tal vez por el cuidado que mostraba en hallarse en el camino, le hizo un gracioso saludo acompañado de la mas encantadora sonrisa, y el rey ni notó el encuentro ni el saludo que debia consolar tanto el aterrado corazón de la reina, ni la sonrisa que debia dejar tan grato recuerdo en el apasionado corazón de quien la amaba tanto.

La comitiva real llegó al Escorial. Al aspecto de las áridas montañas que dominan el monasterio, Maria Luisa recordó el terrible voto que llevaba al rey á él, y un frio mortal corrió por sus venas. Cuando su carroza

pasó por la alameda que precede al monasterio, y vió despojados de su verdor por el hielo los corpulentos álamos, pensó que tal vez antes que estos álamos recobrasen sus hermosas hojas por la primavera, volveria ella á pasar debajo de ellos, empero que los arneses dorados de sus caballos se trocarian por enlutados penachos, y la rica carroza forrada de terciopelo carmesí, por el fúnebre atahud cubierto de negro crespon. Llegó á la puerta principal del monasterio, por donde según la práctica constante y tradicional, los reyes solo entran dos veces. Una vez en vida.... la otra en muerte. Maria Luisa iba por la vez primera al Escorial. Jamás se ha construido un edificio mas admirable que el patio de los Reyes que precede al templo. Aquellas son piedras poéticas, única definición que conviene á un monumento sin modelo y sin copia! Allí los peñascos han obedecido á una lira mas poderosa que la de Aníon, que edificó los muros de Tebas, al harpa de David! Allí recibieron bajo el pábulo á la reina trescientos monjes, cantando el cántico de acción de gracias, revestidos con riquísimas capas de tisú blanco.

La segunda vez que entrase por aquel mismo patio, debian cantar tambien, pero el cántico de los muertos, y llevar pábulo y capas riquísimas, pero de negro terciopelo recamado de oro.... Entró Maria Luisa sola por el patio de los reyes. Carlos II habia entrado años antes, y



los reyes de España solo entran una vez por este patio, donde aun un simple viajero no puede penetrar sin temor y sin respeto en aquel monumento alzado por Felipe II a las dos mas grandes potencias del mundo: *la religion y la muerte!*

Monasterio y palacio á la vez! Es la fortaleza de Dios guardada por su representante el rey. La idea de Dios está allí tan íntimamente unida á la fuerza, que espanta mas que consuela. Créese, pero con estremecimiento: se toca á los tiempos en que el cristianismo era solo una vision lejana. Se oye el trueno del legislador de los judios, las lamentaciones de sus profetas: es el Asia, Jerusalem, el Templo, la Biblia, es la arquitectura de Nínive, es la sala del festin de Baltasar, es todo el antiguo y nuevo Testamento. ¿Quién podría entrar en este santuario profético y no postrarse delante de la unidad suprema apoyada sobre el poder real? Dios en el rey. Hé aquí el Escorial, hé aquí toda la antigua España, la España de Felipe II! Felipe II creia en su poder como en el de Dios, el orgullo sirvió de base á su fé, y su fé alimentó su orgullo. Dedicó á Dios el palacio y la tumba de los reyes de España.

La forma de parrilla dada á todo el edificio en memoria del mártir San Lorenzo, en cuyo día ganó Felipe II la batalla de San Quintín, es un logogrifo en arquitectura.

Después de haber presenciado el rey desde uno de los balcones del patio de los Reyes la solemne entrada de la reina, se metió en la cama agobiado de fatiga, la reina veló un rato su sueño, y se retiró á su estancia con tigua á la del rey donde en vano intentó conciliar el reposo, atormentada su imaginación con mil siniestras ideas.

El rey, apurados todos los recursos de la medicina, veía apagarse lentamente su existencia, un astrólogo que habia venido de Bolonia, le habia predicho que todos sus males cesarian y recibiría la salud, visitando el cadáver de su padre acompañado solo de su confesor y de los monges gerónimos, guardianes de la tumba de los reyes. Allí en el panteon después de haber recitado en el silencio de la noche las oraciones por los muertos como en el día mismo del entierro de Felipe IV, debía abrirse la urna funeral y besar la frente del monarca cadáver. El mayor secreto recomendó el adivino, y el débil monarca crédulo hasta la superstición, ocultó su secreto á la reina madre que lo hubiera combatido, á todo el mundo, y solo lo confió momentos antes de marchar á la reina, pero mandándola severamente el silencio. ¡En vano Maria Luisa trató de apartarle de esta idea! en vano después rogó permitiese fuesen con él algunos grandes, para que le acompañasen al panteon del Escorial, el rey con la inflexibilidad que presta á las almas débiles el fanatismo, resistió manifestando que era la condicion mas indispensable que estuviere solo con los monges del Escorial. La reina entonces quiso acompañarle bajo el pretexto de hacer su entrada pública en el patio de los Reyes; pero para protegerle al menos cuando veía que se entregaba ciega y confiadamente en manos de la inquisición, con cuya aprobación iba á verificarse esta violación de la tumba de Felipe IV.

El rey al día siguiente de su llegada lo pasó casi todo en la iglesia; la reina ignoraba cuando debía de verificarse la fatal ceremonia, pero algunas palabras que habia sorprendido cuando el prior hablaba casi al oído con el rey, le habian hecho presumir que debía ser aquella misma noche. Tanta era la premura del rey! Carlos II habia dejado ignorar completamente su proyecto á las pocas personas que le habian seguido al Escorial, y habia aquella noche rogado á la reina rezase fervorosamente por él para que Dios le mirase con misericordia y le devolviese su gracia.

Eran las nueve de la noche, el mas profundo silencio reinaba en las estancias del palacio, que es una de las alas del monasterio. No se oía en los inmensos claustros mas que el zumbido del aire y el ruido de la lluvia que azotaba las vidrieras de las ventanas. El rey se habia dejado meter en la cama, pero luego habia vuelto á levantarse ayudado de uno de sus pages, habia tomado una bebida fortificante para sostenerse en la dolorosa escena que iba á presenciar, y aguardaba rezando el momento en que el prior viniese á buscarle.

La reina, maldiciendo la débil credulidad del rey, que le entrega al poder de la inquisición y de los frailes, temiendo los peligros á que va á esponer su frágil salud, trata de hacer el último esfuerzo para evitar la violación de la tumba del padre de Carlos II. Si el rey resiste, trata de dirigirse al prior, á los monges, y hacerlos responsables ante Dios y los hombres de lo que pueda resultar perjudicial al rey. Las doce es la hora que la reina cree señalada por las palabras que ha oído. A las diez con lentos pasos sale de su estancia, atraviesa la distancia que la separa del aposento del rey, penetra en su cuarto por la puerta oculta que ella sola tiene derecho de abrir, y evita así las miradas de los monjes de Espinosa que velan en la antecámara; empero apenas entra, queda asombrada. Ha llegado demasiado tarde. La impaciencia del rey, la de los religiosos, la certeza de que todos reposan en el monasterio y que nadie turbará la ceremonia, les ha hecho adelantar la hora.

El rey Felipe II, habia hecho construir al lado de su estancia una tribuna que abriéndose daba salida al plano donde está el altar mayor. Allí habia hecho traer su lecho de muerte aquel monarca. Por aquella tribuna habia salido Carlos II á la iglesia. A la luz de una bujía que habia quedado sobre una mesa, vé Maria Luisa entreabierto la puerta de la tribuna, pasa por ella, baja las gradas del altar mayor, y el eco de las voces que suben del panteon real, la demuestran lo inútil ya de su paso. La violación habia comenzado.

La reina teme que el rey muera de terror, y el deseo de socorrerle le dá un valor sobrenatural y baja por las escaleras de jaspe que conducen al panteon. La idea del peligro del rey le hace desafiar el temor que se apodera de ella al penetrar en las sombrías escaleras, en cuyas paredes vestidas de riquísimos mármoles, se reflejan los resplandores de las luces que iluminan abajo el panteon. Temblando se detiene porque desfallecen sus rodillas, alarga el cuello, fija sus ojos en la capilla y vé al rey pálido, próximo á desmayarse, sostenido por dos religiosos, que con pasos vacilantes, y aire estúpido, se aproximan al sepulcro de su padre cuya tapa habian levantado.

A su aspecto titubea... la reina espera que no tendrá valor aun, y que retrocederá; empero con la rabia supersticiosa de un fanático, adelanta sus pasos, se precipita sobre el cadáver de su padre, y con sus labios trémulos besa la descarnada calavera del cadáver, y cae desmayado.

—El rey se muere! gritaron consternados algunos religiosos.

La reina dió un grito de dolor y vá á lanzarse en el panteon cuando se siente detenida por una voz que la era harto conocida.

—Deteneos señora, no turbeis las ceremonias santas de la iglesia...

El terror, la sorpresa, hacen caer á la reina desmayada en los brazos del conde de Mansfeld. Este se dispone á subir las escaleras del panteon con su preciosa carga y alejarse para evitar el encuentro de los monges y del rey que vuelto en sí, y terminada la ceremonia, subian ya á la iglesia. Un momento que Mansfeld se detenga puede ser sorprendido, puede perder la única oca-



sion de tener á la reina en su poder! Comenzaba á subir los escalones, cuando una mano firme le detiene á su vez y una voz que le era tambien muy conocida le dice:

—¿Por qué sustraer la reina á nuestros ausilios? ¿por qué alejaros con ella? y adelantándose despues hacia abajo de la escalera, gritó al rey que subia en medio de los monges. —Señor, la reina está moribunda, desmayada, mandad que la conduzcan á su aposento y que la socorran.

—La reina! exclamó el rey con dolorido acento. ¿Dónde está? ¡Dios mio, no la castigueis por su desobediencia.

Siguió el rey al conde de Rebenac que le enseñó á la reina desmayada, á quien Mansfeld habia dejado en los escalones separándose de ella respetuosamente.

Dominado el rey por la cólera mas que por la compasion miró fijamente á Rebenac y le dijo:

—¿Vos aqui y con qué derecho?

—Señor, respondió Rebenac enseñándole al conde de Mansfeld, he creido que aqui el embajador de Francia podria estar en cualquier parte donde pueda estar el embajador de Austria.

—¡El conde Mansfeld en el Escorial! exclamó el rey.

—Si señor, y con la autorizacion del inquisidor general, respondió con audaz tono Mansfeld; el Austria tiene mucho interes en la conservacion de V. M. pára abandonarle en un momento que las emociones podrian comprometer su vida.

Al nombre del inquisidor general, Carlos II se sometió sin réplica como pudiera haberlo hecho al acento del mismo Dios. Yacia en tanto la reina desmayada allí, Rebenac solo desafiando las leyes severas de la etiqueta, sostenia su cabeza procurando hacerla volver en si.

—Retiráos le dijo el rey! y volviéndose al prior le rogó que le ayudase á trasportar á la reina á su estancia, pues no volvia en si. Colocaron á la reina sobre la rica tela del pálido bajo el cual llevaron al rey, y cuatro de los mas jóvenes monges tomaron cada uno una de las cuatro puntas del paño, y acompañados del rey que sostenia una mano de Maria Luisa, la trasladaron así hasta su aposento; allí los médicos decidieron que era preciso sangrarla. Volvió en si; empero una ardiente fiebre sobrevino á su desmayo. A la mañana siguiente despues de haberla trasladado á Madrid, se ordenaron rogativas públicas en todas las iglesias del reino..... porque acababa de declarársele una enfermedad mortal. La reina tenia viruelas.

## VII.

¡Cuánta fué la desesperacion de Rebenac al saber el nuevo peligro que amenazaba á la reina! Encerrado todo el dia en su casa para ocultar á todo el mundo su desesperacion; de hora en hora mandaba á uno de sus amigos á palacio á informarse del estado de la augusta enferma.

—No hay esperanza, exclamaba un dia, todos mis votos, mis cuidados por salvarla han sido inútiles! El oro que me ha comprado sus guardias, que me ha franqueado el paso al panteon del Escorial, no puede nada contra la enfermedad que la mata.... Ya no la veré mas ya.... Es el noveno dia de su enfermedad, dia critico fatal! Si pasa la noche bien, si disminuye la fiebre mañana, se salva.

En el palacio reinaba la mayor agitacion. La reina madre no dejaba el lado del rey de miedo de que no se espusiese al contagio yendo á ver la reina. En la expectativa del suceso que se temia, los embajadores de las potencias extranjeras fueron llamados á palacio.

—Preciso es haber vivido algun tiempo en la corte pa-

ra formarse una idea del cruel suplicio que es tener oculto en palacio bajo una frente de hielo, bajo una forzada sonrisa, el tormento de un alma entregada á la desesperacion. Al entrar en la cámara de la reina donde se hallaban reunidos los embajadores y señores de palacio, Rebenac conocia que en él iban á fijarse todas las miradas. Llegóse á preguntar por la salud de la reina, al caballero mayor que le respondió con las frases comunes y de uso en semejantes circunstancias; pero Rebenac desde las primeras palabras conoció que nada sacaria de positivo de ellas y así dejó de escucharle para mirar atentamente al conde de Monterey y leer en su abatida frente, en los consternados ojos de este hombre apasionado, hasta qué punto peligraban los dias de la reina. Rebenac se sentó junto al conde de Monterey. El mas simpático dolor los unia en aquel momento. Así ambos sin saludarse alzaron sus ojos al cielo, sin pronunciar ni una sola palabra como dos desgraciados que para comprenderse no han menester confiarse sus penas.

El conde de Mansfeld de pie apoyado el codo sobre el mármol de una chimenea, afectaba profunda tristeza y fijaba su ansiosa mirada sobre todos, procurando espíar sus mas secretos pensamientos. La palidez de Rebenac hacia sonreír á Mansfeld, á pesar de sus esfuerzos por parecer triste. Tembló al oír abrir la puerta de la cámara y ver salir á la condesa de Soissons de la estancia de la reina; rodeáronla todos, haciéndola mil preguntas á la vez, escepto Rebenac que se estremeció al pensar á qué muger se hallaba confiado el cuidado de la reina.

—Tiene menos fiebre, dijo, y arrojando una mirada diabólica sobre Rebenac....

—Tranquilizáos, ha cesado el delirio. Despues volviéndose á Mansfeld, añadió: los médicos no creen á S. M. fuera de peligro si no obran los calmantes. Si dentro de una hora no logra dormir la reina.... dicen.... que no hay esperanza.

La condesa de Soissons profirió estas palabras con un tono trágico y sentimental, y haciendo ademán de contener las lágrimas que se hallaban muy lejos de sus ojos.

Terrible fué el silencio que siguió á este fatal anuncio. Solamente la camarera mayor de diez en diez minutos entreabria la mampara que separaba la estancia de S. M. de la cámara y hacia señal de que no dormia la reina. Durante esta hora ó mas bien este siglo, Rebenac y Monterey pálidos ambos, con los ojos fijos en la péndola, seguian la marcha de las agujas del reloj con la ansiedad que se sigue á un fúnebre entierro. Su respiracion se oprimia cada vez mas á medida que se aproximaba el término fatal. Parecia que antes iban á sucumbir con tanto sufrimiento. La mampara se abre, empero esta vez aparece en ella el primer médico del rey. El orgullo, la alegría que brillan en su frente hacen conocer antes que sus palabras, que la reina estaba fuera de peligro. El médico, ordenando el mas severo silencio, hace comprimir los arrebatos de alegría verdadera ó falsa que cada cual se disponian á manifestar.

—Se ha salvado! exclamaron dándose la mano Rebenac y Monterey, y las lágrimas corrieron á su pesar de los ojos de estos dos hombres, que en una hora antes no se habian hablado una sola palabra!

La reina se restableció pronto, el mal terrible de las viruelas no dejó ninguna de sus huellas en su hermoso rostro. Una encantadora languidez reemplazó á la agitacion dolorosa que experimentaba antes de caer mala, diríase que familiarizada con el aspecto cercano de la muerte, habia perdido el terror que antes le causaba.





La marquesa del Fresno estaba en gran favor con la reina, que a sus cuidados, durante su enfermedad, atribuía su salvación.—La reina madre no encontrando oposición alguna, mientras María Luisa estaba en el lecho entre la vida y la muerte, hizo triunfar la cábala del conde de Oropesa, y venció la repugnancia que tenía el rey en mudar su ministro el duque de Medinaceli. Oropesa nombrado primer ministro era omnipotente cuando la reina entró en la convalecencia de su gravísima enfermedad. Esta enfermedad que naturalmente podía haber producido la muerte, había suspendido todas las intrigas y complots contra la reina. Burlados en sus esperanzas sus enemigos y temerosos de que la reina no aumentase su crédito por los ardientes votos que por su salud dirigió al cielo el rey, resolvieron a cualquier costa concluir con su influencia. El conde de Oropesa quiso celebrar con grandes regocijos el restablecimiento de la salud de la reina, con el objeto de ocultar mejor los designios de los partidarios del Austria, engañar a los partidarios de la reina, y obligar al conde de Rebenac a contar a su corte cuanto hacia Madrid para festejar la convalecencia de su reina. Las instrucciones que recibía Rebenac de la corte de Francia, le mandaban que se asegurase por sus propios ojos de la verdad de esta convalecencia, porque siendo la vida de la reina un gran suceso político, estaba en el interés de las potencias enemigas disimular el peligro en que se hallaba, y preparar en secreto los medios de aprovecharse de su muerte. Rebenac con estas instrucciones se presentó a Carlos II y reclamó el favor de presentar sus homenajes a la reina con el objeto de poder tranquilizar a su augusta familia. La reina no estaba aun visible mas que para el rey y la reina madre. Rebenac aguardaba en una cruel ansiedad la respuesta de Carlos II.

—Es preciso, dijo el rey, consultar sobre este paso a la reina madre, y ademas ver si consiente en ello la reina, que tal vez no quiera dejarse ver hasta que hayan desaparecido del todo las pocas huellas que ha dejado el mal en su rostro.

—No es de la belleza de la reina, sino de su salud, por lo que se inquieta mi corte.

—Pero es que... tal vez, yo no sé... si Oropesa estuviese aquí... ó la reina madre, me dirían...

—Hay acaso necesidad mas que de la voluntad de V. M. para satisfacer los justos deseos de un padre, y los del rey vuestro tío, para tomar una resolución que en nada interesa a vuestros consejeros? Pero pues V. M. no cree poder tomar sobre sí el concederme la gracia que reclamo, voy a escribir a mi corte y decirla los vanaos esfuerzos que he hecho para...

—Detenéos, dijo el rey, es inútil dar tanta importancia a cosa tan sencilla. Yo iba a ir al cuarto de la reina porque los médicos me han dicho que ya no hay cuidado alguno de contagio. Seguidme y os haré decir si consiente ó no en recibirlos.

Saludó profundamente el embajador y siguió a Carlos II. La idea de volver a ver a María Luisa despues de haber temblado tanto por ella, hacia palpar con tal violencia el corazón de Rebenac, que llegó, pudiendo sostenerse apenas, a la antecámara de la reina. Un sentimiento mas de ternura que de presuncion, le decia que la reina le recibiría.

Un primer impulso de muger habia hecho dudar a la reina dejarse ver de Rebenac, alterado el semblante aun por algunas manchas rojizas, empero la reflexion venciendo despues la coqueteria, pensó que cuanto la afease a sus ojos, sería un socorro para vencer la pasión que por ella sentía, y dió orden de dejar entrar al embajador de Francia.

Púsose la reina al verle de tal modo encarnada, que las pequeñas manchas, resto de la enfermedad, quedaron un momento imperceptibles, empero aunque hubie-

se estado fea no hubiera sido por eso menos el éxtasis, la admiracion con que la contemplaba el conde de Rebenac.

Hay un grado de exaltacion en que no se vé por los sentidos sino por el corazón: los amores de vanidad ó los amores materiales perecen y se destruyen por el menor revés, por la menor alteracion en la belleza, empero el alma apasionada que se nutre y empapa de una imagen adorada, la conserva allí pura y bella a despecho de los ultrajes del tiempo, de la desgracia ó de la enfermedad!!

Comenzaba apenas el rey a hablar a María Luisa de la inquietud de su padre y de Luis XIV por su salud, y la invitaba a que asegurase de ella al embajador de Francia, cuando la camarera mayor anunció que el embajador de Austria reclamaba el favor concedido al de Francia de ver a la reina, no teniendo menos interés que él en convencerse del restablecimiento de S. M.

Iba el rey a negar ya esta insolente demanda, cuando la camarera mayor continuó diciendo que le acompañaba el conde de Oropesa. Carlos siempre débil, incapaz de desagradar a su ministro, al que reinaba por él, sofocó su noble resentimiento y concedió su permiso.

—Perdóneme V. M. dijo el conde de Mansfeld al entrar, por haber insistido tanto en convencerme por mis propios ojos de la salud de V. M. que tantas inquietudes me ha causado. V. M. debe recibir las felicitaciones de mi corte, ademas, añadió con amarga ironía, he creído poderme presentar donde se hallaba el embajador de Francia.

Turbóse la reina al oír estas últimas palabras que le recordaban la noche de su desmayo en la escalera del panteon del Escorial, lanzó al conde de Rebenac una mirada que comprendió, porque teniendo ya abierta la boca para contestar a Mansfeld, que el título de enviado extraordinario del padre de la reina le daba derecho para ser recibido particularmente por ella, se abstuvo de hablar, guardando la altiva actitud de un hombre resuelto a no dejarse ofender. La mirada que le imponía silencio para evitar una escena cuyas consecuencias podían ser gravísimas, no era la confesion del poder que la reina reconocía ejercer sobre él? Mandar un sacrificio al amor que se inspira, es autorizarlo!

La reina para evitar una conversacion peligrosa entre los dos embajadores, habló largamente de la funcion que debia celebrarse en Atocha para dar gracias a Dios por el restablecimiento de su salud; y para tranquilizar a Rebenac de los temores que tantas veces la habia manifestado, añadió:

—No puedo dudar de la proteccion del cielo. Si hubiese debido sucumbir a la suerte que me amenazaba, de nada hubieran valido los cuidados que me han salvado. Dios no hubiese apartado de mí la mano de la muerte que veía sin cesar dispuesta a herirme. La ocasion era tan propicia, estaba tan a merced de una enfermedad mortal, que si me ha perdonado ésta, creo que Dios vela por mí y quiere que viva!

—Y como el cielo no se mostraria celoso de conservar su mas perfecta criatura! exclamó Mansfeld con entusiasmo. Si V. M. hubiera podido ver el abatimiento de toda la corte, la ansiedad de todo un pueblo, la desesperacion.... muda.... de los que no se atrevían.... a mostrar su inquietud sobre el peligro que la amenazaba, añadió Mansfeld bajando la voz, sabria hasta que punto nos interesa su vida.

—Creed, señor conde, que conozco todo el interés que he inspirado, y deseo con impaciencia el dia de presentarme en Atocha a dar gracias a la Virgen por haberme conservado la vida, para gozar la dicha de ser tan amada... de mis fieles vasallos.

Pronunció estas últimas palabras la reina fijando su



vista en el rico cordon de perlas que sujetaba su vestido y con el que jugaba con ademan distraído, como si hubiese temido leer en los ojos de alguno la alegría que debían causarle estas palabras.

El conde de Rebenac presentó á la reina una carta que tenia de su padre, la abrió y despues de haberla leído:

—Esta carta me anuncia, dijo, un aderezo nuevo de brillantes montado al gusto del día. Es un regalo de mi padre. ¿No ha llegado aun?

—Lo he recibido, pero no teniendo seguridad de poderlo entregar á V. M. lo he dejado en mi coche.

—Quiero verle, dijo el rey, mandad que os lo suban.

—Si V. M. quisiese, contestó algo embarazado Rebenac, mañana volveria á tener el honor de presentarlo á su magestad.

—Por qué dilatarlo á mañana?... ahora mismo, dijo el rey.

—Un aderezo nuevo enviado por la corte de Francia, dijo sonriendo el ministro Oropesa, es un gran suceso.

—Tal vez politico! añadió con maligna intencion Mansfeld.

No hubo remedio, Rebenac fué á buscar el estuche que contenia el magnifico aderezo que el rey de Francia regalaba á la reina, pero en el momento de ponerlo en las manos de Maria Luisa, Rebenac con la mayor presteza tuvo medio de decirle estas breves palabras: —No toqueis al boton de oro que hay al lado!

Estremeciéndose la reina adivinando que la caja tenia un doble fondo, que encerraba algun secreto, y sacando el collar, los brazaletes y pendientes de brillantes y rubies que ocupaban el estuche pareciendo llenarlo todo, los enseñó al rey, al embajador de Austria y á Oropesa, alabando el gusto y lo esquisito de la obra; pero sin dejar un momento de la mano el estuche, y sin llevar sus dedos al boton de oro que veia en uno de los lados cerca del resorte por donde se cerraba la caja. Palpitaba con violencia el corazon de la reina pensando que de un momento á otro podria coger el rey la caja para colocar las joyas, ó admirar las ricas labores del estuche incrustado todo de nacar, y temblaba al ver las desconfiadas miradas de Mansfeld y de Oropesa, y la turbacion de Rebenac.

—Dadme el estuche y colocaremos estas ricas alhajas! dijo el rey alargando la mano para tomar él la caja que la reina conservaba cuidadosamente en la mano.

Pudo el rey haber observado la súbita palidez de la reina y de Rebenac, si en aquel mismo instante terribles ahullidos que se oyeron en la antecámara, y un page asustado, no hubiera entrado á anunciarle que el leblre favorito de S. M. acababa de romperse una pierna. Carlos II sin cuidarse de nada, dejó las alhajas sobre un sillón, y ocupado todo de la desgracia que acababa de suceder, corrió á ver su leblre. Hábiles cortesanos, Mansfeld y Oropesa siguieron al rey y manifestaron la mayor inquietud por la desgracia del interesante perro.

Al salir Mansfeld encontró á la condesa de Soissons que entraba en la cámara de la reina. Al cambiar rápidamente su saludo

—Estad tranquilo, le dijo, muy pronto os proporcionaré que la habéis sin testigos.

Rebenac viendo entrar á la condesa de Soissons, perdió toda esperanza de dirigir á la reina algunas palabras en particular, temia la maligna observacion de la condesa y prefirió sacrificar la presencia de una persona que amaba, al riesgo de dejar entrever á aquella muger sagaz hasta qué punto adoraba á la reina. El amor puro y desinteresado se inmola á la esperanza de evitar el mas pequeño disgusto al objeto amado.

La condesa de Soissons quedó sola con la reina, y en vano apuró toda su seducción y diabólicas artes para persuadirla á que concediese al conde de Mansfeld,

una entrevista secreta en que éste decia debía hablarla de hechos importantes de que dependia la suerte de la España y tal vez de la reina misma.

La reina cuya repugnancia al embajador austriaco era invencible, persistió firme en su resolucion en negar la audiencia particular que la pedia, y se obstinó en no oír sus confidencias politicas, diciendo que debía de dirigirse al rey y al ministro Oropesa, que siendo hechura enteramente suya, haria lo que Mansfeld solicitaba.

Entonces la condesa de Soissons, vendida enteramente al Austria, se retiró resuelta á que á todo trance se verificase la entrevista tan ardientemente deseada por el conde Mansfeld.

Apenas quedó la reina sola, sacó el estuche en que se hallaba el rico aderezo que le habia mandado su padre, tocó el boton de oro, y un resorte dejó ver un doble fondo en el estuche, en que habia un papel azul con unos polvos blancos. Junto á este paquetito habia un billete escrito por su padre en que la recomendaba no abandonase jamás aquel contraveneno, á fin de que lo usase al menor sintoma de indisposicion que notase.

—Reconozco, exclamó, la ternura de mi padre, y su confianza en los empiricos. Cree en remedios ciertos contra el veneno que destila el odio, y sabe que todos los recursos del arte no bastaron á salvar de él á mi pobre madre! Ah! esta precaucion me revela cuan mal hacia en creer aplacada la cólera de mis enemigos por mi resignacion y por el abandono que voluntariamente les habia hecho de mi influencia en el corazon del rey. No pueden sufrir ver defendidos aqui los intereses de la Francia, por una sobrina de Luis XIV. No me perdonarán jamás haber desbaratado sus péfidos proyectos, haber detenido la mano del rey al firmar un pacto oneroso para la Francia arrancado á la debilidad de un enfermo por la cábala y la astucia. Me miran como el obstáculo único que los separa del trono de España, como el solo lazo que une este trono á la Francia y quieren romperlo, para reemplazarlo con otro anillo que lo encadene al Austria. Ah! lo conozco, han resuelto mi muerte! Soy la victima designada por su venganza!!!

Y con estas melancólicas consideraciones, la infeliz reina pasó aun algunos dias triste y abatida, prolongando su convalecencia, negándose á recibir las felicitaciones de la corte, hasta que ya no pudo negarse á los ruegos del rey y de la reina madre, y señaló el día en que debía de ir públicamente al templo de Atocha á dar gracias al cielo por haber recobrado su salud.

## VIII.

Eran las diez de la noche de la vispera del día en que la reina debía de hacer su salida en público á Atocha. El rey se habia recogido ya. La reina á pesar de las sombrías ideas que hacia dias la preocupaban, habia pensado y contemplando con placer un momento las ricas galas, los preciosos adornos que debía llevar al día siguiente, porque no era insensible al deseo de parecer hermosa aun á los ojos del pueblo de Madrid, tan orgulloso siempre de la belleza de sus reinas. El corazon de la muger aun en medio de los grandes disgustos de su vida, conserva siempre un resto de coqueteria, el corazon solo de la muger reúne á la vez tanta fortaleza y tanta debilidad!

Estaba la reina arrodillada delante de su rico reclinatorio dirigiendo una fervorosa plegaria al cielo antes de recogerse y entregarse al descanso de que tanto necesitaba su agitado corazon, cuando sintió á su espalda que una persona se acercaba misteriosa y cautelosamente.



A este ruido de pasos, vuelve la reina la cabeza, y un súbito terror se apodera de ella.

—¿Por qué temblar así, dijo una voz que hizo estremecer á la reina, por qué asustaros cuando vengo á salvaros á pesar vuestro.... cuando vengo á poner á vuestros pies mi crédito, mi vida, mas aun, mi.... mi honor... porque yo no puedo sin faltar á todos mis deberes, á mis juramentos, vender la mision que he aceptado.... Yo debo obedecer ó entregar mi cabeza al verdugo.... empero obedecer..... es sacrificaros..... jamás tendré ese bar-

baro valor. Para servir los proyectos de mi gobierno, menester era no haberos visto, no haber sufrido el irresistible influjo dulce y fatal á la vez, que ejercéis sobre cuantos os miran.... y cuando yo quiero suplicaros que me permitais defenderos del peligro que os amenaza, cuando yo desafío todos los suplicios por arrancaros á una muerte inevitable, rehusais oirme, y me reducís á corromper á costa de oro las guardias de vuestra cámara? Ah! señora, como pagais una adhesión sin límites, un amor insensato que os hace dueña....



—Basta! gritó con dignidad la reina repuesta de su terror, haciendo un esfuerzo para levantarse y llamar á sus damas.

El conde de Mansfeld procuró respetuosamente detenerla.

—Deteneos, señora. No creais que al entrar aquí contra vuestra voluntad, quiera abusar de la situacion á que me habeis reducido. No señora, al decidirme á un paso tan atrevido he pensado solo en vos, señora, y no en mí. He jurado someterme á vuestras mas minimas insinuaciones; empero no he querido renunciar á la esperanza de enternecer vuestro corazon por el exceso de un sentimiento respetuoso, ardiente, frenético, que hace posibles todos los sacrificios..... Vos tan buena, tan indulgente con los que no os aman, seriais solo injusta y cruel conmigo? No me dejareis que os salve de un peligro que á mi solo es dado apartar de vuestra cabeza.... permitidme, señora, salvarla á costa de la mia! Confiaos á mí, señora, aceptad mi socorro.

La reina no contestaba nada, pero sus ojos derramaban amargas lágrimas.

—Vivireis si, vivireis continuó Mansfeld, esas lágrimas me lo prometen!...

—Estas lágrimas, contestó la reina con dignidad, re-

chazando la mano de Mansfeld que trataba de coger las suyas; estas lágrimas.... son por mi padre á quien no volveré mas á ver!!

—¿Con que prefeririais?...

—La muerte á la infamia, contestó con dignidad y calma la reina.

Indignado, humillado el conde de Mansfeld se abandonó á una porcion de amenazas, dejando entender que el amor del embajador de Francia era el obstáculo que se oponia al suyo.

La reina justamente ultrajada de tanta insolencia, iba á arrostrarlo todo por librarse de la presencia de Mansfeld, cuando se oyó un gran ruido de gentes hacia los aposentos del rey.

—Vienen gentes, exclamó con amarga alegría María Luisa. Al encontraros aquí podrán hacerme culpable, pero sereis castigado, porque vuestro titulo de embajador no os pondrá al abrigo de la cólera del rey.

—No hay poder alguno aquí que pueda intimidarme, señora, respondió friamente Mansfeld, sabeis que los domino todos, empero vuestro interés manda y yo obedezco. Este vestido de vuestra guardia austriaca, y al mismo tiempo descubrió su capa, me permite atravesar seguro el palacio sin ser conocido. El mismo poder-



so medio que me ha hecho penetrar hasta aquí, me hará salir sin que nadie me vea. Así, señora, nada temáis por vuestra reputación, ojalá tantos cuidados y tanto respeto merezcan de vos el que os decidáis a elegir ó el amor del mas rendido de los hombres, ó el odio del mas implacable de vuestros enemigos.

Marchóse el conde. En aquel mismo instante el rumor de las gentes que se oía en la estancia del rey, se oyó mas próximo y una de las damas de la reina entró corriendo y gritando.

—El rey está muy malo! señora, el rey está muy malo.

La reina temblando aun de la escena que acaba de pasar, corrió asustada á la estancia de Carlos II.

La condesa de Soissons instruida de la visita nocturna del conde de Mansfeld, y habiendo ayudado con su crédito al embajador austriaco á penetrar secretamente en la estancia de la reina, quiso hacer servir esta abominable intriga para vengarse de los desdenes del conde de Rebenac, y de la desconfianza que la mostraba la reina. Denunció á Rebenac como contrario á los intereses de la Francia la cita que suponía concedida por María Luisa al embajador de Austria, y á fin de vencer mejor las dudas que oponía Rebenac que tan alta idea tenía de la reina, le propuso que juzgase por sus propios ojos de la verdad de su aviso, y le condujo al guardia que vendido al oro del embajador austriaco, le habia dado entrada, y que cediendo ó aparentando ceder á las amenazas, lo reveló todo. El conde de Rebenac vió salir despues al embajador de Austria. Quiso lanzarse sobre él, empero la condesa de Soissons asida fuertemente á su brazo le dijo:

—Ingrato! veis como no os engañaba! ¿Y por ella no correspondiais á mi amor?

## IX.

Carlos II habia tenido uno de los frecuentes paraismos que amenazaban á cada momento su vida. Su repentina indisposicion habia causado grande alarma, porque el estado de su debilidad y postracion, hacia creer siempre próximo su fin. Así toda la corte y los embajadores al día siguiente muy temprano fueron á palacio para cerciorarse del estado de la salud del rey.

El conde de Rebenac llegó el último. Notóse, por que en palacio se nota todo, su poco apresuramiento esta vez y la visible alteracion de su semblante, la muda agitacion de sus miradas, su amarga sonrisa, signo evidente de concentrada ira que hacia temblar sus labios. El conde de Rebenac á quien se llegó á hablar la condesa de Soissons para fortificarle en sus sospechas contra la reina, no la oía, el conde se hallaba presa de los terribles pensamientos que la infame Soissons habia inspirado á su alma. Sufria la tortura que siente el fanático al ver destrozarse y mutilar su ídolo. Creía que sus ojos habian sido fascinados, que el hombre que habia visto salir no era Mansfeld, que la confesion del guardia era mentira....

María Luisa pálida con las emociones diferentes de esta terrible, noche salió de la cámara del rey, y con su voz tranquila, pura, sensible, graciosa como siempre, tranquilizó á la corte sobre el estado de Carlos II. Todo desmentia en ella la agitacion inseparable del remordimiento. El instinto de la verdad obró sobre Rebenac, desaparecieron sus sospechas. Todo cambió á su vista. La reina habia vuelto á subir sobre su pedestal, y su adorador se hallaba á sus pies, roto el tenebroso velo que pudo por un instante ocultarla!

La condesa de Soissons hizo notar pérfidamente á Rebenac que la reina al hablar con Mansfeld se habia puesto colorada. En efecto, la reina estaba conmovida,

apenas podia contener la indignacion que la causaba la presencia de Mansfeld. El corazon de un celoso es muy propenso á engañarse, y Rebenac al notar la turbacion de la reina, se estremeció como á la vista de un suplicio do que se habia creído ya libre.

La condesa de Soissons, habia vertido en su corazon la ponzoña fatal de la calumnia y de los celos.

Todos los embajadores habia llegado á hablar á la reina, Rebenac fué el solo que no se llegó á saludar á María Luisa. Instigado por la condesa de Soissons, llegóse al fin y saludó friamente á la reina.

Aseguró ésta que Carlos II estaba tan mejorado que al día siguiente se hallaria en estado de acompañarla en su salida á la iglesia de Atocha.

La reina miraba el alterado rostro de Rebenac y se maravillaba de su silencio; viendo que no le rompía éste, le dijo:

—¿Vais, señor embajador, á mandar esta tarde algun correo á Versalles?

—No señora, contestó éste, temeria aflijir demasiado á la augusta familia de V. M. haciéndole conocer cómo ha pasado la noche última V. M.

La mirada y el tono con que pronunció estas palabras Rebenac, hubieran hecho temblar á una reina culpable; empero solo escitaron en María Luisa un movimiento de indignacion. En un momento comprendió toda la odioso trama y la complicidad de la condesa de Soissons y de Mansfeld, y la calumnia que habian vertido en el corazon de Rebenac. Decidida á destruir la impresion que habian producido, con toda la autoridad y magestad, de una reina dijo á Rebenac:

—Señor embajador, tengo cartas importantes que enviar al rey mi tío, id á recibirlas á mi cuarto á las dos de la tarde.

Saludó la reina y se retiró.

Palpitó con impaciencia el corazon de Rebenac. La entrevista que iba á tener con la reina, iba á disipar sus sospechas ó á cambiarlas en certidumbre.

En vano la condesa de Soissons intentó persuadir á Rebenac á que no acudiese á la cita de la reina, repitiéndole que se atuviese á lo que habian visto sus propios ojos. De todos los venenos el mas seguro, el mas atroz, el que mas facilmente se infiltra en el corazon humano, es la calumnia. La que tan hábilmente la empleaba, no rehusaria para vengarse, echar mano de todos los demas tósigos!

A las dos, el embajador de Francia se hallaba en la cámara de la reina. Le aguardaban, y la marquesa del Fresno le anunció inmediatamente. Iba á buscar allí.... la confirmacion de la caída de un ángel.... ó.... la vergüenza y el remordimiento de haber sido el juguete de un horrible complot y de haber ultrajado por una estúpida credulidad á la muger mas pura, á la reina mas virtuosa que honró jamás el trono.

La reina se hallaba sentada junto á la mesa donde habia escrito, cerca de ella se colocó la marquesa del Fresno. Rebenac creía haber obtenido una audiencia particular: la presencia de la condesa le desconcertó. Pensó un momento que la presencia de la condesa era para evitar una explicacion difícil, una justificacion imposible.

Rebenac creyó entonces deber dar una apariencia de interés político á esta entrevista y habló á la reina de la noticia que acababa de recibir por un correo extraordinario de la caída del rey de Inglaterra, y la suerte desgraciada de la reina, tan próxima parienta de María Luisa.

—No es la reina que pierde su trono, contestó María Luisa la mas digna de compasion. La reina á quien quieren quitar el honor antes de atentar á su vida, tiene mas título á la compasion y piedad de los hombres honrados. ¿No es esa vuestra opinion, señor conde? añá-



dió la reina clavando sus penetrantes ojos en Rebenac.

—No pensáis que el que se hace cómplice por su injuriosa credulidad en los crímenes de la perfidia, el que dá crédito, y todas las formas de la realidad á las calumnias, el que cree en la delación y en las apariencias que condenan, mas que en su propia estimación por la persona que acusan, y que no teme añadir á todos los males que la agovian, la horrible idea de tenerla por culpable, es mil veces mas bárbaro aun que el calumniador?

—Qué responder? ¡cielos! dijo en voz muy baja Rebenac, señalando á la condesa del Fresno con su vista.

—Hablad sin temor. He debido confiarla el infame pasaje del conde de Mansfeld, dijo la reina señalando á la marquesa, he hecho despedir por ella al guardia vendido al oro del embajador de Austria, y si la guerra y la muerte de muchos millares de hombres no debieran de ser el resultado de mi queja al rey, ya me hubiese quejado. Bástame haber escapado á los indignos manejos de mis enemigos, de haber salido de sus redes pura y sin mancha y de merecer su resentimiento por mi valor. Ved lo que he querido deciros, no para justificarme á vuestros ojos, porque esto lo creo inútil, sino para daros los medios de poder responder á mi padre si un día llegase hasta él el eco de estas infames intrigas.

Confundido quedó Rebenac al oír estas palabras á que daba la mas profunda convicción el irresistible acento de la verdad. Avergonzado de haberse dejado engañar por la pérfida condesa de Soissons, no podía alegar su sola excusa.... el exceso de su amor.

—Perdon, señora! Perdon! dijo cayendo de rodillas y sin osar levantar sus ojos á la reina..... Obedeceré á V. M.... Nunca.... mientras yo viva.... se atreverá nadie.... á manchar con una palabra.... la pureza de....

Y no pudo acabar.

Maria Luisa viendo próximo á desfallecer, le alargó la mano y le hizo levantarse, procurando mudar de conversación, hablando de la hora señalada para la ceremonia de Atocha, que debía tener lugar al día siguiente.

—Espero que vendreis por mi mañana! añadió con una gracia imperativa que tenía toda la autoridad de una orden.

Rebenac respondió con una sola mirada, empero en aquella mirada se leía toda su alma, su vida entera.

Al fin de cada audiencia la reina daba su mano á besar al embajador, tal era su costumbre. Maria Luisa dudó esta vez. Rebenac se retiró sin reclamar este favor, mas feliz de que se lo rehusasen por un exceso de delicado pudor, que de que se lo hubiesen concedido sin turbación alguna como á los demas.

## X.

El 9 de febrero de 1689, la reina Maria Luisa acompañada de Carlos II, débil y enfermo siempre, aunque restablecido de su reciente indisposición, se presentó en la iglesia de Atocha donde toda la grandeza y el pueblo se hallaban reunidos para dar gracias á Dios por haberles conservado tan buena reina. Nunca habia parecido mas bella Maria Luisa á su pueblo. Las pocas y débiles manchas que la enfermedad dejara en su delicado y blanco cutis habian desaparecido completamente. El placer que la causaban las aclamaciones de todo un pueblo, daba un no sé qué de divino á la encantadora espresion de su rostro, y el brillo y riqueza de sus vestidos realzaba aun sus naturales gracias que la hacian la reina mas linda y bella de Europa.

Cuánta emoción sintió su corazón al penetrar en el templo de Atocha, cuyas bóvedas resonaban con los acentos del reconocimiento público! Con qué religioso

orgullo no vió á todo un pueblo postrado ante las aras de Dios dándole gracias por haberla salvado la vida! Tal vez por la vez primera se embriagó su corazón con las ilusiones de la dignidad real! Tal vez por la vez primera olvidó cuán cara habia comprado esta corona, y olvidó la dorada cadena que la aprisionaba recogiendo la recompensa de todos sus sacrificios. Saboreaba el mayor placer que Dios puede conceder al corazón de una muger, verse bendecir por un pueblo entero delante del hombre de quien es adorada!!! Maria Luisa era completamente feliz en aquel instante. Rebenac sereno y tranquilo se hallaba á su lado.

Mansfeld y la condesa de Soissons abarcaron con una sola mirada toda la situación de la corte, adivinaron que una sola palabra de la reina habia bastado para justificarla á los ojos del embajador de Francia, empero esta palabra no podia haberse pronunciado sin denunciar la conducta y los proyectos de Mansfeld, sin entregarle á la cólera poderosa de Luis XIV. La lucha estaba empeñada; era preciso vencer por cualquier medio. Mansfeld, hombre corrompido y material, no creia al ver tan pronto sereno á Rebenac, que la reina no le hubiese dado otra seguridad mayor que sus palabras. Creyó á Rebenac un amante favorecido! y cuando las bóvedas del templo santo resonaban con los religiosos cánticos, fieles intérpretes del reconocimiento público, cuando el incienso se elevaba al cielo en espirales torbellinos con las voces de todo un pueblo para dar gracias á la divinidad por la resurrección de la reina de España, el demonio del asesinato, de la envidia, y de los celos, pronunciaba su sentencia!!

Carlos II, débil, enfermizo y pálido, debía llorar muy pronto á aquella reina que llevaba del brazo al salir de la iglesia, á aquella muger llena de salud y de vida, cuyas encantadoras sonrisas embriagaban al pueblo de Madrid, tan amante siempre de su reinas, tan enamorado de su belleza! Qué feliz fué la coronada villa al saludar por sus calles la marcha triunfal de su hermosa reina el día 9 de febrero de 1689! Cuán triste aspecto debian presentar al día siguiente!!!

Aquella misma noche la reina se sintió acometida de violentas convulsiones acompañadas de vómitos. Los médicos declararon estremo el peligro, su servidumbre afirmó que S. M. solo habia tomado antes de recogerse una taza de leche. La alarma se difundió rápidamente por el palacio. Se pronunciaba, aunque en voz baja y misteriosamente, la palabra veneno. Llegó hasta los oídos mismos del rey y tembló la cólera de Luis XIV, y dió orden de no dejar entrar al embajador de Francia, y se colocó á la cabecera de la cama de la reina, resuelto á no abandonarla mientras durase el peligro; empero el valor de Carlos II no pudo soportar la vista de sus crueles padecimientos, y el segundo día medio desmayado tuvieron que llevarle á su cámara, donde á la fuerza le retuvieron en ella los médicos y su confesor.

Todos los remedios fueron inútiles, el mal progresaba. El arzobispo de Toledo recibió la confesion de la augusta víctima. Maria Luisa ofreció el ejemplo de una angelical resignación, calló por evitar los males que pudiesen resultar de sus palabras á la España y á la Francia.

La situación de Rebenac era terrible, inexplicable. Resuelto á morir primero que dejar de recibir las quejas, las órdenes, la despedida de Maria Luisa, insta una y otra vez, escribe al rey mismo en tono altivo, y anuncia que si no se le deja juzgar por sus propios ojos del estado de la salud de la reina, se retiraría inmediatamente tomando esta negativa por la confesion de un envenenamiento cuyos rumores corrían por todo Madrid.

Rebenac recibe al fin el permiso de ver á la reina. Tanto era el miedo que se tenía al poder de Luis XIV! tanta la confianza que se tenía en la cristiana resignación de la reina!



El esceso de la desgracia da á los hombres una fuerza desesperada que los hace casi insensibles; y á esta excitación febril debió Rebenac el no desmayarse al entrar en la estancia de la angusta enferma.

El aspecto del palacio, la lúgubre fisonomía de los cortesanos, mas que el abatimiento en que sumerge una grande é inesperada desgracia, dejaba entrever el mundo terror que inspira un gran crimen!

Rebenac guiado por la marquesa del Fresno, única persona que pudiera haber adivinado los sentimientos de la reina, llegó hasta el lecho de Maria Luisa que quería hablarle.

Rebenac fijó sus ojos en ella, la miraba sin verla. No podía reconocer en aquel rostro inanimado, en aquellas apagadas miradas, la muger encantadora, llena de vida y de hermosura que dos días antes sobrepujaba á todas las hermosuras de la corte. Aquella estancia cuyas ventanas entornadas y cubiertas de pesadas y ricas cortinas, dejaban penetrar apenas un rayo de sombría luz, la especie de aislamiento en que se hallaba la angusta enferma, pues la servidumbre se aproximaba temblando á su lecho y las menos veces que podía, recelando verse interrogada y comprometida despues en las investigaciones que suponían deberianse hacer despues de la muerte de la reina. Rebenac sentía un frío mortal, sentía despedazarse el corazón, y cubierto de un frío sudor, inmóvil, anonadado, diríase que era la estatua del dolor colocada junto al lecho de la muerte!

La reina alzada con trabajo su mano trémula, de la que el efecto corrosivo del veneno había hecho caer las uñas, hizo señal á Rebenac de que se aproximase. Al ver Rebenac aquellos labios trémulos y descoloridos que apenas se entreabrian para proferir una terrible queja, ó pronunciar algunas dulces palabras, sintió detenerse la respiración y creyó un momento, que compadecido Dios de su suplicio, le iba á conceder precederse al cielo á aquella reina adorada; empero la voz de la reina le reanimó.

—Dios lo ha querido. Vuestros esfuerzos han sido inútiles.... no lo sintais.... Era tan infeliz!... Cuento con vuestra prudencia, con vuestra adhesión á mi para que eviteis las desgracias que.... pueden sobrevenir de mi muerte!...

—Eso es demasiado exigir de mi, señora, contestó Rebenac con voz estremecida; despues de morir V. M.... Dios me concederá el que no os sobreviva...

—Si me amais, interrumpió la reina.... vivireis para justificarme de las calumnias de mis asesinos, vivireis para consolar á mi padre, á mi familia, para contarles mis últimos momentos... Les direis que ningún remordimiento, ningún resentimiento ha turbado mi agonía... que muero perdonando á los que me condenaron á tan triste vida.... y á los que tan criminalmente me libertan de ella.

Dejóse caer la reina sobre su almohada como agoviada del grande esfuerzo que había tenido que hacer para pronunciar estas palabras.

—¡Haber descubierto las intrigas de vuestros enemigos, exclamó desesperado Rebenac, y no haber podido salvaros! ¿Cómo he de vivir yo, que he sido tan desgraciado ó culpable?

—Sé todo lo que habeis hecho por mí... la traición debía triunfar de los esfuerzos, de los cuidados, del celo... mas... tierno. Si, lo sé.... añadió la reina con una especie de enagenamiento... Yo sé... lo que sentís por mí... los pesares que os devoran... ¡Ah! yo he leído bien en vuestra alma... En fin... si... me amais... obedeceréis mi última voluntad... quedareis en el mundo para cumplirla...

—¿Lo sabeis? exclamó Rebenac lleno de alegría y de dolor. ¿Sabeis que sois mi vida, mi alma, mi único pensamiento, y exijís...

—Si, lo mando interrumpió Maria Luisa... me sobrevivireis para amarme aun.... y bendecireis la muerte que me permite hablaros así... y atreverme á pedirlos lo que viva os hubiera prohibido... ¡Ah! no me compadezcáis porque deje el mundo.... quien sabe lo que el destino fatal me guardaba en él!... Quien sabe el estrago que un amor tan noble y desinteresado como el vuestro podía haber causado á mi alma... Dios me salva llevándome á su presencia, y voy á ella pura...

—¡Es posible! exclamó Rebenac cayendo de rodillas al pie del lecho, vuestro corazón correspondía...

—Deteneos! dijo la reina con imponente tono, respetad la santidad de mis últimos instantes, pensad que es al borde del sepulcro donde os hablo... y que no amais ya mas que á una sombra... Resignaos con mi muerte como yo me resigno á ella... impedid que la venguen... y guardadme en vos un amigo... que me lllore por muchísimo tiempo...

Dando despues á besar su mano á Rebenac añadió:

—Decid á todos que muero.... de muerte natural.... y que me habeis visto sonreír en mi agonía... No deo hijos... no deo nada en el mundo... mas... que... un... amigo! y sois.... vos!!

No pudo continuar mas.

Una horrible contracción de la mano que tenía cogida Rebenac, le hizo conocer que la reina había espirado. Rebenac cayó desmayado y al ruido que ocasionó su caída entraron las demás damas, la camarera mayor.

—¡Ha muerto! gritó la marquesa del Fresno.

—Es un ángel que sube al cielo! dijo llorando el conde de Monterey.

—Dios ha tenido piedad de una mártir, exclamó el arzobispo de Toledo. Alabado sea Dios!

—Dios ha dado la corona de España al Austria, murmuró el conde Mansfeld.

Trasladaron á la embajada francesa el cuerpo inanimado del Rebenac, que á fuerza de remedios pudo al fin volver en sí.

El 12 de febrero de 1689, murió Maria Luisa de Orleans, el 13 de junio del mismo año Carlos II se había casado ya con la princesa doña Mariana de Austria, hija del elector palatino, que lejos de contribuir á que el rey saliera de su miserable estado, llegó á dominarlo de tal modo que el rey la cobró un miedo terrible, empero contra su tiranía empezaron á trabajar los amigos de la difunta reina, los partidarios de la Francia.

Francia había declarado la guerra á la España en el mes de marzo, pocos dias despues de la muerte de la reina. Rebenac no podía dejar sin vengar su adorada Maria Luisa.

El silencio, la oscuridad de la ignorancia y de las hogueras de la inquisición brillaban solo en el interior de España. En el exterior los ejércitos eran derrotados. Las potencias extranjeras se dividieron por medio de tratados solemnes, en dos ocasiones los estados de la España, y solo se aguardaba la muerte de Carlos II para que desapareciese del mapa del mundo esta nación que había hecho temblar siempre á la Europa. Un motin popular diestramente escitado por los partidarios de Francia á pretexto de la carestía del pan, derribó al ministro Oropesa del poder. El arzobispo de Toledo, cardenal Portocarrero y el inquisidor general, se apoderaron del ánimo del débil monarca, que había hecho testamento en favor del archiduque Carlos de Austria. Urdieron una trama que parecerá increíble en el siglo presente, fingieron que el rey estaba hechizado y que tenía los demonios en el cuerpo. El embajador de Francia apoyó esta farsa, y el confesor del rey fray Froilan Diaz, abusó de su sagrado ministerio. Hizo exorcizar al rey por el capuchino alemán fray Mauro Tenda, y aterrado con la espantosa ceremonia de los conjuros, cayó en una melancolía que le precipitó al sepulcro.



Portocarrero hizo firmar al desgraciado monarca otro testamento en que dejaba por heredero de la corona al duque de Anjou. El 2 de octubre de 1700 se presentó Portocarrero al rey y propuso á Carlos este nombramiento.

—Piénsalo bien y ten entendido que tú solo serás responsable delante de Dios.

—Yo responderé por V. M., contestó el cardenal. He consultado al papa, su vicario en la tierra, y se ha decidido por la casa de Borbon.

Aquel mismo día se firmó el testamento y fué nombrado regente el cardenal Portocarrero. El día diez de noviembre murió, á los 39 de su edad y treinta y cinco de su reinado Carlos II!

Luis XIV cuyo génio y fortuna habia elevado la Francia al mas alto grado de gloria, concibe el atrevido proyecto de allanar los Pirineos y colocar la corona de España en las sienes de su nieto. Tan grande empresa conmueve la Europa. El Austria que vé escapar el fruto de treinta años de intrigas, invoca sus derechos y reclama para el archiduque Carlos, la herencia de Carlos V. Menos celosas del acrecentamiento del Austria que del aumento de las fuerzas de la Francia, muchas naciones apoyan las pretensiones del gabinete austriaco. Las provincias españolas se dividen entre los dos pretendientes, se arrojan con ardor y combaten con terquedad bajo las dos banderas. Guerras desastrosas en el exterior, deplorables fraccionamientos y destrozos en el interior, fueron las consecuencias de esta violenta lucha entre dos ambiciones rivales. Las pasiones se

muestran en ella mas obstinadas aun que los intereses de partido. El amor propio fué mas inexorable que la política. El encarnizamiento de los dos partidos en España, fué mas difícil de vencer que el de las potencias beligerantes. Unos de los pretendientes mismos, el archiduque Carlos, en cuyas sienes recaía la corona de Alemania renuncia sus derechos á la España, y la Cataluña siempre indomable, siempre valiente, siempre determinada á no ceder, combatía aun por el archiduque, y hacia correr por una causa abandonada, por una empresa que no podia triunfar, empresa estéril, arroyos de sangre generosa. Ya no defendía al archiduque Carlos, rechazaba á Felipe V. No era la adhesión al Austria la que excitaba sus falanges, era el odio á la Francia, era el deseo de salir con su intento!

El tratado de Utrech terminó esta sangrienta guerra de diez y siete años, conocida bajo el nombre de guerra de sucesión. El príncipe francés fué reconocido soberano de la monarquía Española reducida á la Península y á las Indias, monarquía aun rica y poderosa.

El crimen del Austria fué inútil, y María Luisa pudo desde el cielo contemplar con sonrisa el triunfo de la causa cuya defensa habia sido su misión sobre el trono del rey impotente, en cuyos brazos la arrojó la ambiciosa política de su tío Luis XIV, y sobre cuyo trono permaneció siempre pura á pesar de haber intentado obtener su amor TRES AMANTES Y NINGUNO!

EL CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### PAPAGAYOS.—LOS KAKATOES.



Entre el papagayo y el mono observanse algunos puntos de semejanza que es muy curioso observar: ambas familias de animales viven en unos mismos países y necesitan el calor del ecuador; habitan en unos mismos bosques, se mantienen con los mismos frutos, y

según espresion de cierto naturalista, parece que forman una sociedad común; son dos naciones rivales, siempre vecinas, que trepan por unos mismos árboles, colocan inmediatos sus nidos, gesticulan entre sí, tienen igual organizacion social, hábitos idénticos, y según nos es dado juzgar las mismas ideas y afectos. Hallamos además otra analogía: pues así como los monos del Nuevo Mundo no se encuentran en el antiguo y viceversa, lo

mismo tiene lugar con los papagayos, aunque debemos añadir que los papagayos de la Australasia tampoco se encuentran en América.

Otras varias semejanzas pudiéramos hallar entre estos dos animales, de las que mencionaremos solamente el espíritu de imitación de que están dotados, y la duración de su vida, mayor que la de los demás irracionales.

• La longevidad del papagayo es mucho mayor de la que comunmente se le señala, pues se han visto algunos que han alcanzado á la edad de 80 y 110 años.

El calor de los climas ecuatoriales es sin disputa mucho mas convenientes al papagayo que la temperatura variable y muchas veces muy baja de nuestras comarcas; bien que los ejemplos de longevidad que se citan, prueban no serles de absoluta necesidad. La misma observacion tiene lugar en cuanto al desarrollo de los huevos que muchas veces han llegado á buen término en nuestros climas.

Los papagayos hacen grandes estragos en los bosques; pues no solo devoran los frutos, sino hasta las yemas y retoños. Los indios los cazan con flechas que llevan la punta envuelta en algodón, de manera que los derriban aturdidos pero sin herirlos. También los cogen quemando al pie del árbol ciertas yerbas cuyo humo los emborracha, y apenas cae uno, que empiezan les demás con chillidos á lamentar la muerte ó prision de su compañero.

El papagayo recién cogido es intratable y peligroso; para quitarle el hábito de morder y arañar, échasele



humo de tabaco, con que se pone asimilado y por consiguiente dócil.

Para formar la lámina hemos preferido de todos los papagayos al kakatoe, por ser el mas admirable asi por su desarrollado instinto, como por su belleza. Su nombre es imitativo del grito que naturalmente despide;

tiene la voz menos chillona que los aras, pero aprende á hablar con mucha dificultad.

Distinguese del verdadero papagayo en un bello moño de plumas que adorna su cabeza, el cual erizándose cuando el animal está poseído de un exceso de cólera ó alegría, aumenta mas y mas su natural belleza. Los mo-



LOS KAKATOES.

vimientos de esta ave son muy graciosos, su carácter es manso y domesticable y obedece fácilmente no solo á las personas que la cuidan, sino tambien á los estraños por poco que la acaricien.

Buffon habla de los kakatoes que parecieron en la feria de San German en el año de 1775, los cuales respondian por medio de signos á ciertas preguntas, indi-

caban el número de personas que tenian delante, el color de sus vestidos y hasta la hora del dia.

Debe cuidarse mucho de no dejar sueltas á estas aves por las estancias, pues con su robusto pico destruyen todos los muebles, ropas, colgaduras, etc. Para satisfacer su instinto destructor se les da un pedazo de leño, y en él ejercitan las fuerzas de su pico.

